

Dean Zayas

## EL CASTIGO DEL PENSÉQUE

### Acto I

Don Rodrigo Girón y Chinchilla, su lacayo, llegan a tierras flamencas, sin dinero. Una dueña confunde a don Rodrigo con Otón, hijo del rico Liberio y hermano de Clavela. Éstos le abrazan complacidos; él vacila en desengañarlos, pero su criado le aconseja disimular y finjese Otón. Chinchilla averigua por medio de la criada de Clavela que Otón mató al hermano de Pinabel y huyó de Flandes para escapar del castigo del Duque de Cleves; pero el Duque ha muerto y Pinabel se ha enamorado de Clavela, por lo cual, ya su vida no corre peligro.

La condesa Diana, viuda del Duque, rechaza casarse con el conde Casimiro. Él amenaza con las armas, ella confía a Pinabel el gobierno y la defensa de su Estado. Pinabel le ruega que interceda por él ante Clavela. La condesa pide la mano de Clavela para Pinabel; Liberio acepta, pero condiciona el compromiso al consentimiento de Otón. Pinabel, buscando a Otón, encuentra a don Rodrigo justo cuando éste le confiesa al criado que se siente atraído por Clavela. Pinabel abraza al Otón fingido y le pide la mano de la hermana. Don Rodrigo-Otón, celoso de Pinabel, se excusa diciendo que a comprometido a Clavela en Madrid con don Rodrigo Girón, es decir, con él mismo. Liberio trae la noticia de que Casimiro ha cercado Momblán. La condesa Diana conoce a don Rodrigo-Otón y le ofrece la plaza de secretario suyo, pero él solicita cambiar la pluma por el acero. Ella lo hace secretario y capitán. Don Rodrigo queda deslumbrado por la hermosa viuda.

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS

Indis. JMS  
108134  
28-abril/06  
17/nov/08  
c.1  
UMB



### Acto II

La condesa Diana y Clavela se han enamorado del falso Otón, pero sufren porque él, por un lado, es inferior a la condesa y, por el otro, "hermano" de Clavela. Don Rodrigo-Otón le narra a la condesa que ha vencido a Casimiro. Diana, exaltada, lo abraza; sorprendida, se reprime. Don Rodrigo, enamorado, le confiesa a Chinchilla que ha leído cosas divinas en los ojos de la condesa.

El conde Casimiro viene a cortejar a Diana, pero la confunde con Clavela, quien sufre en la ventana el amor por su "hermano". Entran don Rodrigo y Chinchilla; el conde se esconde. Clavela, para que Otón desista de competir por el amor de Diana, finge ser la condesa y le dice a "Otón" que ama al conde. Don Rodrigo sufre, Casimiro goza. Chinchilla, cansado y con frío, simula una pelea. El conde sale de su escondite, pero Clavela-Diana ya se ha ido. Casimiro comprende su error: pretender conquistar por la fuerza. Regresan don Rodrigo y el criado. Diana, sale a la ventana y se finge Clavela para hablar con "Otón". Don Rodrigo, para enamorar a "Clavela", revela su verdadera identidad. La fingida Clavela le promete mano y palabra de esposa, recurso que utiliza Diana para evitar que don Rodrigo se marche, a la vez que le pide que continúe fingiéndose Otón.

### Acto III

Diana y Clavela, desveladas, se encuentran de madrugada. Clavela finge sufrir por Pinabel, y Diana se comprometerse a casarla ese mismo día. Don Rodrigo trae unos papeles para la firma de Diana. Ella se insinúa, intenta que él comprenda que lo ama, pero él



continúa dudoso. Clavela anuncia la llegada de Casimiro. Diana va a recibirlo disgustada, y, al salir, da nuevas esperanzas a Don Rodrigo. Él teme perder la oportunidad de casarse con la condesa, pero recuerda que "Clavela" le dio palabra de esposa. Diana le ordena a Clavela que se disponga a casarse con Pinabel porque ella ya ha buscado dama para don Rodrigo Girón. Éste entiende finalmente que la condesa conoce su identidad y lo ama, pero Pinabel le narra el recibimiento que la condesa le ha dado a Casimiro. Don Rodrigo, decepcionado por el supuesto recibimiento, decide quedarse con Clavela y vuelve a rechazar a Pinabel como esposo de su "hermana".

Pinabel, para vengarse, trama con Casimiro matar a Otón; pero cuando Casimiro encuentra a don Rodrigo, éste le entrega la carta que la condesa le acaba de dictar citándolo para la noche. Don Rodrigo se da cuenta de su estupidez y decide anticiparse asitiendo a la cita una hora antes. Le ordena a Chinchilla que vigile mientras él se cambia de vestido. Casimiro llega a la cita dos horas antes. Chinchilla ve al conde subiendo el muro del jardín y lo confunde con don Rodrigo. Cuando don Rodrigo viene a subir el muro, Chinchilla cree que regresa del lecho de la condesa. Don Rodrigo comprende que el conde se le ha adelantado y enloquece. Diana y Casimiro anuncian su compromiso. Don Rodrigo se excusa por haber pensado que el papel era para el conde, y ella le contesta que: "Así se castigan necedades de un penséque".



Prof. Dean Zayas

EL CASTIGO DEL PENSEQUE.-ACTO I

Teatro Rodante

contrajo el 10 de abril, de hallarse de vuelta de Lisboa el día de Carnestolendas de 1613. Y si lo cumplió, o regresó poco después, en el curso de ese año, bien pudo a los fines de él, o más

probablemente a los comienzos o representar en Guadalajara y en muchos sitios de España EL CAST PENSÉQUE, pues el testimonio de I deja lugar a dudas.

## EL CASTIGO DEL PENSEQUE

### PERSONAJES

— DON RODRIGO GIRÓN.  
DIANA, condesa.  
— CASIMIRO, conde.  
CHINCHILLA, lacayo.  
LIBERIO, viejo.  
CLAVELA, dama.  
LUCRECIA, criada.

ROBERTO.  
PINABEL. — *misma persona*  
LEONELO }  
FLORO } caballeros.  
Acompañamiento.  
Soldados.

La escena es una ciudad de Flandes inmediata al mar.

Representólo Heredia (1).

### ACTO PRIMERO

Campo con vista exterior de una ciudad; a un lado, la casa de Liberio, extramuros.

#### ESCENA PRIMERA

DON RODRIGO, CHINCHILLA.

CHINCHILLA.

¡Gracias a Dios, señor mío, que ha permitido que pises tierra en flamencos países!

DON RODRIGO.

Mala bestia es un navío.

CHINCHILLA.

Más que mula de alquiler si furiosa se desboca; pero, en fin, anda con toca. Lo que tiene de mujer. la deshonra.

DON RODRIGO.

Por la vela, la llamas mujer tocada.

CHINCHILLA.

Y porque, cuando le agrada, le sirve el viento de espuela. Da al diablo tal caminar; que si una vez tira coces, no servirá el darle voces, ni te podrás apepar mientras le dura el enojo; sino que a la primer suerte, has de morir en remojo. No hayas miedo, aunque lo mancho que me mezca la fortuna segunda vez en su cuna.

DON RODRIGO.

Ya estamos cerca de Flandes (Términos parte con él y con la antigua Alemaña esta apacible montaña.

(1) Véase el final del Preámbulo a esta comedia.

(1) Según se ve después, quiere decir verso: «ya vamos a entrar en una ciudad de Flandes, ya estamos cerca de sus montañas» (Nota de la Ed. Cotarelo.)



CHINCHILLA.

Flandes todo es un vergel.

DON RODRIGO.

¿Cómo lo sabes?

CHINCHILLA.

Así  
se nos vende en nuestra tierra  
en lienzos. Allí una sierra;  
un ameno valle aquí,  
y en él dos gamos corriendo;  
(que también corren en Flandes  
gamos pequeños y grandes);  
vanle tres galgos siguiendo,  
y al trasponer de una cuesta,  
le atajan dos caballeros,  
mostrando en él sus aceros.  
Luego, con música y fiesta,  
dos damas de cardenillo,  
oyendo el amor sutil  
de un galán de perejil  
con un colete amarillo,  
que asentado en una puente  
(a falta de silla o poyo)  
por donde corre un arroyo  
del orinal de una fuente,  
en servillas se desvela.  
Luego en un jardín están  
tres damas con un galán  
(que tocando una vihuela  
las entretiene despacio),  
porque el sol no las ofenda,  
mientras sacan la merienda  
de un almagrado palacio  
con su puente levadiza,  
seis torres y cien ventanas.  
Acullá lanzan pавanas,  
que un flamenco soleniza...  
«Por cualquier parte que andes,  
todo es fuentes y frescura.  
Esto es Flandes en pintura,  
y por esto no hay más Flandes.»

DON RODRIGO.

No sabes tú lo que va  
de lo vivo a lo pintado.

CHINCHILLA.

A Flandes hemos llegado:  
no nos llores duelos ya.

DON RODRIGO.

Si en él no nos va más bien  
que en Madrid, ¡buena venida  
hemos hecho, por mi vida!

CHINCHILLA.

Calla, y esperanza ten,

que si eres hijo menor,  
y, como tal, maltratado  
de un mayorazgo felpado,  
rico por ser el mayor,  
le heriste, con la licencia  
que da un hablar descortés;  
de hermanos segundos es  
Flandes valerosa herencia.  
¿No traes cartas de favor  
para el Archiduque? (1).

DON RODRIGO.

Sí;  
mas basta ser para mí...

CHINCHILLA.

¿Pues de qué tienes temor?

DON RODRIGO.

No está el Archiduque en Flandes.

CHINCHILLA.

¡Muy buen despacho, por Dios,  
para no tener los dos  
un cuatrín! (2).

DON RODRIGO.

Desdichas grandes  
me persiguen estos días.  
No hay remedio. ¿Qué he de hacer?

CHINCHILLA.

Si pudiéramos comer  
desdichas tuyas y mías,  
no echáramos el dinero  
menos; porque con mandar  
a la huéspeda guisar  
cuatro desdichas, primero  
que aquellas se digirieran  
(si hay para ellas digestión),  
porque hubiera provisión,  
otras tantas acudieran,  
y comiéramos los dos  
desde hoy más nuestras desdichas.

DON RODRIGO.

¿Tantas tengo?

(1) Aquí mantiene Tirso su constante defensa de los segundones maltratados por los primogénitos. Y junta con esta defensa de los hijos segundos la alusión a las cartas de favor que llevó el grande Osuna para el archiduque.

(2) «Cuatrín, m. Moneda de pequeño valor que corría antiguamente en España.» (*Diccionario Manual e Ilustrado de la Lengua Española*, Real Academia Española, Madrid, 192 pág. 614.)



CHINCHILLA.  
A ser salchichas,  
a vernos viniera Dios.

DON RODRIGO.  
No he de ser en todas partes  
desdichado.

CHINCHILLA.  
Ni hay lugar  
donde no sepa llegar  
con sus agüeros un martes.  
Si caminaran a pie  
las desgracias, imagino  
que por huir las de un camino,  
no nos siguieran.

DON RODRIGO.  
No sé,  
aunque a Momblán he llegado,  
dónde me pueda hospedar.

CHINCHILLA.  
Si no tienes que gastar,  
vamos al mesón del Prado.

DON RODRIGO.  
¿Es tiempo de burlas este?

CHINCHILLA.  
¿Pues de qué quieres que sea?

DON RODRIGO.  
Cuando algún noble me vea  
podrá ser que dé o que preste.

CHINCHILLA.  
¿Preste aquí? ¡Vocablo extraño!  
Los negros lo entenderán,  
que sirven al Preste-Juan.  
Un *preste* hace tanto daño  
como tiña o pestilencia.  
De *peste* a *preste* verás  
que hay una letra no más.  
En tan poca diferencia,  
nadie se querrá apear  
por prestar.

ESCENA II

ROBERTO; DON RODRIGO, CHINCHILLA.

ROBERTO. (*Para sí, en el fondo del teatro.*)

Tarde he venido;  
el tiempo me ha detenido,  
él me puede disculpar.

Pero ¡Cielos! ¿No es Otón  
este que a los ojos tengo?  
A famoso tiempo vengo.  
Llego a hablalle, que es razón.  
Pero no; a su padre quiero  
pedille de su venida  
las albricias.

(V)

ESCENA III

DON RODRIGO, CHINCHILLA.

CHINCHILLA.  
Por mi vida,  
que para estar sin dinero,  
es nuestra flema muy buena.  
Busquemos una hostería,  
pues si en ella el patrón fía  
sobre prendas cama y cena,  
hombre eres de muchas prendas,  
pues que tu nombre y blasón  
es Don Rodrigo Girón.  
Sobre ellas, pues no hay que vender  
cenarás.

DON RODRIGO.  
Ya que he venido  
a Flandes desde mi tierra,  
serviré al Rey en la guerra;  
que el noble que es bien nacido,  
solo por sus hechos medra,  
y con fama celebrada  
saca fruto de la espada  
como Moisés de la piedra.

ESCENA IV

LIBERIO, CLAVELA, LUCRECIA, ROBERTO; I  
RODRIGO, CHINCHILLA.

LIBERIO. (*Hablando con ROBERTO a  
lir.*)  
¿Otón?

ROBERTO.  
Otón digo que es.

LIBERIO.  
Si él fuera, ya hubiera entrado.  
Mas él es. ¡Ay hijo amado!  
(*Llegándose a DON RODRIGO*)  
Dame los brazos. Ea, pues,  
deja a la naturaleza  
hacer su oficio de amor.

DON RODRIGO.  
¿Hablaís conmigo, señor?



LIBERIO.

¿Pues con quién? ¡Buena simpleza!  
¿Qué dudas? Dame los brazos.

DON RODRIGO.

Darélos por cortesía.

*(Abrazale.)*

LIBERIO.

¡Hijo mío! ¡Prenda mía!  
Vuelve y dame más abrazos.  
Clavela, abraza a tu hermano.

CHINCHILLA. *(Aparte.)*

Hecho me quedo un baulón (1).

CLAVELA.

Llegad y abrazadme, Otón.

DON RODRIGO.

Yo soy quien en eso gano.  
Pero...

CHINCHILLA. *(Aparte, a su amo.)*

Llega, majadero,  
y deja peros ahora.

DON RODRIGO.

Alto: Abrazadme, señora.

*(Abrazala.)*CHINCHILLA. *(Aparte, a su amo.)*

Ese sí que es lindo pero.

LIBERIO. *(A LUCRECIA.)*

Prevéngase su aposento  
y cena.

*(Vase LUCRECIA.)*

CHINCHILLA.

Si hay que comer,  
vamos.

Dios nos vino a ver.

*(Aparte.)*

LIBERIO.

Loco me tiene el contento.

DON RODRIGO.

¿Qué es esto, señora mía?  
Señor, ¿qué es lo que decís?

CHINCHILLA. *(Aparte, a su amo.)*

Calla.

CLAVELA.

¿Que aun os encubris?

DON RODRIGO. *(Aparte.)*

(¿Hay más extraña porfía?)  
Yo llego en esta ocasión  
desde Castilla...

LIBERIO.

No quiero  
sabella. Entremos primero;  
que en buena conversación,  
después de alzada la mesa  
nos diréis ese suceso.

DON RODRIGO.

Señores...

CHINCHILLA. *(Aparte, a su amo.)*

¿Estás sin seso?

¿Desta ventura te pesa?  
Hallas aquí padre y madre,  
qué comer y qué cenar,  
cuando acabas de llegar  
sin blanca; llámase padre  
tuyo un viejo, que en cajones  
para que vivas triunfando,  
le deben de estar maullando  
gatos llenos de doblones,  
¿y excúsaste, mentecato?  
Di que eres Otón, Enrico,  
Baldovinos, mono, mico,  
Herodes y Mauregato.

LIBERIO.

Si el temor de la desgracia  
que de aquí te hizo huir,  
hijo, te obliga a fingir,  
no temas.

DON RODRIGO. *(Aparte.)*

¿No es linda gracia  
aquesta?

LIBERIO.

Porque Roberto  
está delante de ti,  
¡te disimulas así!

CHINCHILLA.

Sí, por eso se ha encubierto.

LIBERIO.

Ya no tienes que temer.  
Cortó el Cielo en años breves  
la vida al Duque de Cleves;  
viuda queda su mujer,  
moza, rica, y por su dote  
Condesa de Oberisel.

CHINCHILLA. *(Hablando aparte, a u  
do, con DON RODRIGO.)*

(1) La palabra «baulón» no se halla en el  
Diccionario de nuestra lengua.



EL CASTIGO DEL PENSEQUE.-ACTO I

Señor, acota con él,  
o no cenarás gigote.

DON RODRIGO.  
¿Pues qué he de hacer?

CHINCHILLA.

Consentir,  
comer, conversar, contar,  
y a veces disimular,  
porque te importa vivir.

Llegó una noche a una venta  
un licenciado sin cuarto  
ni blanca: estaba de parto  
la ventera, y no había cuenta  
de dalle por ningún precio  
un bocado de cenar,  
ni cama en que se acostar,  
porque era el parto «muy recio» (1)  
y traía alborotada  
la venta. Llegóse y dijo  
el estudiante: «De un hijo  
la ventera está preñada.  
Si quieren que luego para,  
traíganme tinta y papel,  
y un ensalmo pondré en él  
de virtud notable y rara.»  
Escribió solos dos versos;  
cosiólo en un tafetán;  
sacáronle vino y pan  
y otros manjares diversos;  
diéronle paja y cebada  
a la bestia; parió luego  
la ventera; mas no a ruego  
de la oración celebrada.  
Partióse, sin guardar cosa,  
el estudiante, estimado  
de todos y regalado;  
la huéspeda, codiciosa  
de ver lo que contenía  
la tal nómina o papel  
tan dichoso que con él  
cualquier preñada paría,  
abriólo, y vio en él escrito:  
«Cene mi mula, y cene yo,  
siquiera para, siquiera no»:  
y rieron infinito.

Si padre y madre has hallado  
cene mi amo y cene yo,  
siquiera sea, siquiera no,  
tu padre, agüelo o cuñado.

(1) Agregamos esas dos palabras entrecorridas que completan el verso falto en la Ed. Cotarelo—completo en la de Hartzenbusch, 1840—, que conciertan con el primer verso de la cuarteta.

LIBERIO.

Ea, hijo, ¿qué dudáis?

CLAVELA.

Hermano, ¿qué os detenéis?

DON RODRIGO.

Con la salva que me hacéis,  
pues todos me aseguráis,  
no es bien que mi fingimiento  
dure más. Vuestro hijo soy.

(Sale LUCRECIA)

LIBERIO.

Otras mil veces te doy  
los brazos.

(A LUCRECIA)

¿El aposento  
está prevenido?

LUCRECIA.

Está,  
y la cena que se enfría.

DON RODRIGO.

Vamos, pues, hermana mía.

CHINCHILLA. (Aparte.)

Hermana carnal será.

LIBERIO.

Lucrecia, ten tú cuidado  
con este... ¿Cómo os llamáis?

CHINCHILLA.

Chinchilla, porque os sirváis  
de mí.

DON RODRIGO.

Es muy leal criado.

LIBERIO.

¿No llevaste, di, ninguno  
desta ciudad?

DON RODRIGO.

Señor, no.

CHINCHILLA.

En Madrid me recibió  
un viernes, día de ayuno,  
que ha que dura un año entero.  
¡Mire qué extraño rigor!  
Mas no hay ayuno peor  
que el ayuno del dinero.

LIBERIO.

Entrad, hijo, y descansad.

CHINCHILLA. (Aparte, a su amo.)

¡Ah, Don Rodrigo! ¡Chitón!



LIBERIO.

Hija, a vuestro hermano Otón  
le dad la mano, y entrad.

(Vanse DON RODRIGO, CLAVELA,  
LIBERIO y ROBERTO; y al entrarse  
LUCRECIA, la detiene CHINCHILLA.)

## ESCENA V

CHINCHILLA, LUCRECIA.

CHINCHILLA.

Ce, si sabe el a, b, c,  
que esta es la tercera letra;  
aunque la mujer penetra  
otra mejor, que es la d,  
dígame, doña rolliza,  
su nombre.

LUCRECIA.

Lucrecia.

CHINCHILLA.

Basta.

¿Es Lucrecia, por ser casta?

LUCRECIA.

No, sino por ser castiza.

CHINCHILLA.

Dígame por qué ocasión  
nuestro dueño se ausentó,  
y cuándo huyendo salió  
de aquesta insigne región;  
que yo no supe hasta aquí  
que era de Flandes, ni el nombre  
de Otón. Por un gentilhombre  
de Nápoles le serví,  
y se llamaba Lisardo.  
Sáqueme de aquesta duda,  
recetaréle una muda  
para ese rostro gallardo.

LUCRECIA.

¿Impórtale mucho?

CHINCHILLA.

Quiero  
saber desto la maraña;  
que como vengo de España,  
por saber cosas me muero.

LUCRECIA.

Pues sepa (y estéme atento)  
que Liberio, mi señor,  
es un hombre de valor,  
de hacienda y merecimiento.  
Tiene una hija doncella,  
que es Clavela: ya la vio.

CHINCHILLA.

No es mocosa.

LUCRECIA.

No acertó.  
Tiene una falta.

CHINCHILLA.

¿Es doncella?

LUCRECIA.

Sí.

CHINCHILLA.

Pues que tú lo autorizas,  
falta es, y más si hay engaño,  
porque hay mujeres hogaño  
como puentes levadizas.

LUCRECIA.

Tiene un hijo, que es Otón,  
pues que ya sabes su nombre.

CHINCHILLA.

Y no tiene falta el hombre  
en talle ni discreción.

LUCRECIA.

Este tal habrá tres años  
que en una casa de juego  
mató un hombre, y huyó luego

CHINCHILLA.

¡Peligros del mundo extraños!  
Pero ¿por qué le mató?  
Aunque en el juego se ofrecen  
mil cosas que lo merecen.

LUCRECIA.

No fue por el juego.

CHINCHILLA.

¿No?  
Prosigue, pues, con tu cuento.

LUCRECIA.

Entró en los trucos un día,  
al tiempo que se decía  
un ligero pensamiento  
de su hermana y un privado  
de Carlos, Duque de Cleves,  
parando palabras leves  
en obras...

CHINCHILLA.

Está obligado  
a no hablar el que pretende  
tomar venganza, y la toma.  
La honra es ley de Mahoma,  
que con armas se defiende.



LUCRECIA.

Hirió al privado de muerte,  
y temiendo la venganza  
del Duque y de su privanza,  
escogió por mejor suerte  
el ausentarse de aquí.

CHINCHILLA.

Hizo bien.

LUCRECIA.

Murió el de Cleves,  
mudándose en tiempos breves  
las cosas...

CHINCHILLA.

Siempre es así.

LUCRECIA.

Quedó viuda la Condesa,  
y por no estar bien casada,  
el secundario la enfada  
y solo el luto profesa,  
aunque príncipes y grandes  
no dejan de pretendella,  
viéndola muchacha y bella,  
y que en lo mejor de Flandes  
es dote suyo el Condado  
de Oberisel, sin que quede  
hijo alguno que lo herede.

CHINCHILLA.

Sin hueso es ese bocado.

LUCRECIA.

Después que el Duque murió,  
no hay quien la venganza pida  
a Otón.

CHINCHILLA.

¡Dichoso homicida!

LUCRECIA.

Que aunque en Momblán quedó  
un hermano suyo, y tal,  
que dél la Condesa fía  
su hacienda y casa, y podría,  
por ser hombre principal,  
serle de harto daño a Otón;  
amor que a imposible vuela,  
le enamoró de Clavela;  
y es de modo su afición,  
y lo que a Otón ha deseado,  
que ha de dar envidias grandes,  
cuando sepa que está en Flandes.

CHINCHILLA.

A buen tiempo hemos llegado.  
¿Y llámase el tal amante  
de Clavela...?

LUCRECIA.

Pinabel.

CHINCHILLA.

¿Buen talle?

LUCRECIA.

No hay falta en él.

CHINCHILLA.

Antes que pase adelante,  
¿qué hay de mi amor?

LUCRECIA.

¿Qué sé yo?

CHINCHILLA.

¡Ay Fregatriz! Ese gesto  
me ha enamorado.

LUCRECIA.

¿Tan presto?

CHINCHILLA.

Mucho ha que me enamoró  
el romance de Lucrecia;  
y si viviera Tarquino...

LUCRECIA.

¿Qué?

CHINCHILLA.

Viviera; mas convino  
que muriese. Acaba, necia;  
que tú y yo habemos de ser  
en la comunicación,  
como el papel y el borrón,  
que no se deja raer.  
¿Hay ya voluntad?

LUCRECIA.

Tantica.

CHINCHILLA.

¿Qué buenos carrillos! Hinche.

LUCRECIA.

¡Ay, qué Chinchilla y qué chinche!

CHINCHILLA.

Chinche que pica.

LUCRECIA.

Y me pica.

(Va

ESCENA VI

DON RODRIGO, CHINCHILLA.

DON RODRIGO.

Si la historia de Amadís  
verdad pudiera haber sido,  
si me hubiera convertido,



Chinchilla, en Don Belianís,  
 pudiera ser que entendiera  
 que andando yo enamorado,  
 llegué a un castillo encantado,  
 mudándome una hechicera  
 talle y cara; mas no es vana  
 esta historia, si lo fue  
 esotra, pues que ya hallé  
 aquí padre y una hermana.

CHINCHILLA.  
 Un conde Partinuplés  
 eres.

DON RODRIGO.  
 Entra y lo verás.

CHINCHILLA.  
 Alegre y ufano estás.

DON RODRIGO.  
 No quisiera que después  
 pagáramos por entero.

CHINCHILLA.  
 ¿Cómo?

DON RODRIGO.  
 Si me han recebido  
 aquí por Otón fingido,  
 y viniese el verdadero,  
 ¿qué he de hacer?

CHINCHILLA.  
 Ya se habrá muerto.

DON RODRIGO.  
 Además de que no sé  
 la causa por que se fue.

CHINCHILLA.  
 ¡Donoso temor, por cierto!  
 De todo estoy informado;  
 Lucrecia lo desbuchó:  
 ya sé por qué y cuándo huyó  
 tu original o traslado.  
 Vámonos a pasear;  
 que si has cenado, bien puedes,  
 no nos oigan las paredes,  
 que aun ellas saben soplar.

DON RODRIGO.  
 ¡Ay, qué Clavela, oh Chinchilla!  
 ¡Qué amor, qué conversación!  
 ¡Qué cara, qué discreción!

CHINCHILLA.  
 ¿Hate dado ya papilla?  
 ¿Hay babera?

DON RODRIGO.  
 No me pesa  
 del parentesco que he hallado  
 aquí.

CHINCHILLA.  
 Habránte preguntado  
 muchas cosas sobre mesa.

DON RODRIGO.  
 Muchas.

CHINCHILLA.  
 ¿Y tú respondido  
 ad Galatas?

DON RODRIGO.  
 Por no dar  
 con todo en tierra, y quedar  
 descubierta y conocido,  
 les dije que me dolía  
 la cabeza, y que después  
 respondería.

CHINCHILLA.  
 Esa es  
 discreta bellaquería.  
 Mas ¿cómo te has escapado  
 de los dos?

DON RODRIGO.  
 Envió por ella,  
 por lo que gusta de vella,  
 la Condesa deste Estado.

CHINCHILLA.  
 Es una viuda gentil,  
 según me han dicho, señor.  
 ¡Ojalá te hiciera amor...!

DON RODRIGO.  
 ¿Qué?

CHINCHILLA.  
 Aforro de su monjil.  
 Ven, y daréte razón  
 de lo que quieres saber.

DON RODRIGO.  
 En fin, ¿que Otón he de ser?

CHINCHILLA.  
 O ayunar, o ser Otón.

(Vanse)



ESCENA VII

*Sala en el palacio de la Condesa.*

*La CONDESA, con unas cartas; CASIMIRO,  
PINABEL, FLORO.*

CONDESA. (A CASIMIRO.)

¡Que mi hermano, el Duque Arnesto,  
con el Conde Casimiro  
quiera casarme, y para esto  
me escriba con vos! Me admiro.  
Para casarme es muy presto.  
Un año ha que visto luto  
por mi esposo, y vierto llanto  
que no tiene el tiempo enjuto;  
y no es bien, cuando él es tanto,  
hacer agravio a su luto.  
Viuda soy, moza y mujer,  
con un Condado a mi cargo,  
que, aunque sola, podrá ser  
que con el discurso largo  
del tiempo venga a tener  
para regille prudencia;  
y cuando esta me faltare,  
no está lejos su presencia,  
con que los daños repare  
de mi poca suficiencia.  
Cuanto y más que mis vasallos  
no se quejan hasta ahora  
de que no sé gobernallos;  
que al fin, como su señora  
legítima, sé estimallos.  
Pues yo no tengo heredero,  
no le estará a Arnesto mal  
serlo mío: al fin, no quiero  
dar en el mundo señal  
de que fue el amor ligero,  
que tuve al Duque de Cleves,  
mi señor, mientras vivió.  
Esto quiero que le laves  
por respuesta.

CASIMIRO.

¿Con un no  
a dar la muerte te atreves  
a un enfermo, que contando  
los términos de su vida,  
el sí dulce está aguardando,  
la esperanza entretenida  
entre las dudas de un *cuándo?*  
Por los dos puedes traer  
el luto que has escogido,  
y vendrá, señora, a ser  
por un esposo fingido,  
y otro que lo quiso ser.  
Mal pagas la voluntad  
de Casimiro, a quien llevo  
el fin de su verde edad.

CONDESA.

Si no pago como debo  
al Conde la voluntad,  
por no quedar obligada  
a pagalla, no la admito.  
Yo he quedado escarmentada,  
y con deseo infinito  
de no vivir mal casada;  
y así el Conde que encareces,  
busque a su contento esposa,  
haciendo a sus ojos jueces;  
porque el casarse no es cosa  
que se ha de probar dos veces.  
Aquesto escribo a mi hermano,  
y aquesto propio le di.

CASIMIRO.

Mira, señora, que es llano  
que si le niegas el sí  
de tu idolatrada mano,  
ha de arriesgar (aunque ofenda  
el amor, que es su homicida)  
su Estado, porque se entienda  
que quien arriesga la vida  
por tí, arriesgará la hacienda.  
Mira que te ha de cercar  
en Momblán.

CONDESA.

No me amenaces;  
que quien no puede obligar  
a la voluntad con paces,  
con guerra no ha de bastar.

CASIMIRO.

Por rogártelo tu hermano...

CONDESA.

Que no hay ruegos para mí.  
Pártete; acaba.

CASIMIRO. (*Desviándose y hablando aparte con FLORO.*)

¡Qué en vano,  
colgada el alma de un sí,  
di entrada al amor tirano!  
¡Ay Cielo!

FLORO.

¿Qué hemos de hacer?

CASIMIRO.

¿Qué? ¡Morir, desesperar,  
rabiarse, sentir, padecer!

FLORO.

Mucho puede el porfiar;  
pero date a conocer;  
que si a ver si su belleza  
igualaba con su fama



veniste; si amor empieza  
a dar materia a tu llama.  
y principio a su flaqueza;  
el saber que tú has venido,  
quizá le dará cuidado;  
que si ausencia causa olvido  
en (1) el amante obligado,  
¿qué hará en el no conocido?

CASIMIRO.

No, Floro; que amor desnudo  
con las armas suele hacer  
lo que sin ellas no pudo.  
A Momblán he de volver  
cuando en el silencio mudo  
esté el descuido acostado.  
Mil tudescos, como sabes,  
en escuadrón concertado  
traigo, que serán las llaves  
de su alcázar torreado.  
Seré esta noche con ellos  
de aquesta Troya Sinón,  
y de sus despojos bellos  
otro Paris.

FLORO.

La ocasión  
te dé, señor, sus cabellos.  
(Vanse los dos.)

### ESCENA VIII

La CONDESA, PINABEL.

CONDESA.

Nadie espere, Pinabel,  
tener de mi esposo nombre,  
pues murió el Duque con él;  
que en la libertad de un hombre  
libre, soberbio y cruel,  
no estriba bien la flaqueza  
de una mujer a quien ves,  
con mocedad y riqueza;  
porque es locura el ser pies  
la que puede ser cabeza.  
Cansada de estar casada  
estoy. ¡Gracias a los Cielos,  
que no lloro despreciada,  
ya desdenes, ya desvelos  
de una afición mal pagada!  
«Si en el conyugal amor  
hubiera penas iguales  
para el esposo agresor,  
y sus obras, desleales

tocaran en el honor,  
como las de una mujer;  
persevarara en los dos  
el recíproco querer;  
pero que en la ley de Dios  
iguales vengan a ser  
los delitos del marido  
y la esposa; y que en el suelo  
haya el vulgo establecido  
venganza en leyes del duelo  
para el esposo ofendido,  
y no para la mujer;  
esa es terrible crueldad,  
suficiente a deshacer  
a amor, que sin igualdad,  
no sabe permanecer» (1).

PINABEL.

Dios conserve a Vuxcelencia  
en esta opinión honrada;  
que es digna de su prudencia.

CONDESA.

El ser dos veces casada  
juzga el mundo a incontinencia.  
Yo viviré con cuidado  
de no adquirir este nombre.

PINABEL.

Si no hay gobierno alabado  
en una casa sin hombre,  
¿qué hará donde hay un Estado?

CONDESA.

Hombre tiene, Pinabel,  
aquesta ciudad en vos,  
para regirse por él;  
y gobernando los dos,  
seguro está Oberisel.

PINABEL.

A Vuestra Excelencia beso  
los pies por tanto favor.

CONDESA.

De vuestra prudencia y seso  
conozco el mucho valor,  
y sé que en cualquier suceso  
no hará falta el Duque muerto  
de quien fuísteis tan querido.

PINABEL.

Si a servir, señora, acierto

(1) «Del.» Nota de Hartzzenbusch en *El teatro escogido...*, tomo V, y en la B. A. E., tomo V.

(1) Ese interesante pasaje que señalo con comillas muestra el espíritu de justicia y noble feminismo con que Tirso evidencia contraposición existente entre las fieras ley del Honor y la doctrina de Cristo.



a Vuexcelencia, habré sido muy dichoso.

CONDESA.

Aquesto es cierto.

PINABEL.

Y para podello hacer mejor, pues que Vuexcelencia casada no quiere ser, le vengo a pedir licencia...

CONDESA.

¿Es para elegir mujer?

PINABEL.

Es para que intercesora Vuexcelencia sea con ella.

CONDESA.

¿Es muy hermosa?

PINABEL.

Señora, en vuestra presencia bella no puede serlo el aurora; mas de vos abajo, vuela su fama por todo Flandes.

CONDESA.

¿Quién es?

PINABEL.

Clavela.

CONDESA.

¿Clavela? Méritos tiene muy grandes. Pero en eso, ¿qué recela vuestro amor? ¿No fue homicida su hermano del vuestro?

PINABEL.

Fue el que le quitó la vida, y con su hacienda heredé su amor. Quiero que le pida a su padre Vuexcelencia, le mande me dé la mano; y usando de su clemencia, alce el destierro a su hermano, sin hacelle resistencia.

CONDESA.

Enviadlos a llamar.

PINABEL.

Ya, señora, eso está hecho, y poco pueden tardar los dos.

CONDESA.

En vuestro provecho sois vigilante.

PINABEL.

En amar, ¿quién no lo es?

CONDESA.

La elección que habéis hecho me contenta, que en belleza y discreción Clavela la fama aumenta de la flamenca nación.

PINABEL.

Ella misma entra, señora, a estimar y agradecer tal merced.

CONDESA.

Intercesora con ella os tengo de ser, pues que tanto os enamora.

### ESCENA IX

LIBERIO, CLAVELA, LUCRECIA, la CONDESA  
PINABEL.

LIBERIO.

En que tenga Vuexcelencia memoria de nuestra casa y nos traiga a su presencia, todos los límites pasa nuestra dicha.

CONDESA.

La experiencia, Liberio, que resplandece en vos, que tenga memoria de vuestras canas merece, y de Clavela, que es gloria, que como sol resplandece.

CLAVELA.

Por no quedar corta, callo, estimando la ventura, que en voz, gran señora, hallo.

CONDESA.

No es bien que tanta hermosura y tan prudente vasallo, deje de participar de mi privanza y favor; y que toda esta ciudad estime vuestro valor y alabe vuestra beldad,



y yo, que soy su señora,  
no la goce.

CONDESA.

    Mi vergüenza  
responderá por mí ahora.

PINABEL.

Su rostro hermoso comienza  
a imitar la blanca aurora.

CONDESA.

Ya sé que el dar muerte Otón  
a Enrico de Pinabel  
hermano, fue la ocasión  
que perdiédes por él  
el favor y estimación  
que el Duque, que tiene Dios,  
hizo en negocios de peso,  
Liberio noble, de vos;  
pero aquel triste suceso  
podéis convertir los dos  
en un pacífico estado,  
como queráis. Pinabel,  
en vez de estar agraviado  
y pedir venganza dél,  
que alcance me ha suplicado  
le dé Clavela la mano:  
ya sabéis que por la suya  
regirse mi Estado es llano;  
y para que restituya  
la paz a su muerto hermano,  
Liberio, el modo mejor  
y más común es juntar  
prendas de sangre y amor,  
de quien puede resultar  
tanta nobleza y valor.  
Pues yo intercedo, no creo  
que habrá aquí dificultad.

LIBERIO.

Cuando en tan dichoso empleo  
faltara la calidad  
y la nobleza que veo  
en Pinabel, gran señora,  
y no interesara yo  
su amistad y paz que ahora  
a tan buen tiempo llegó;  
basta ser intercesora  
Vuexcelencia para hacer  
de nosotros a su gusto.  
No tengo que responder;  
solo, si os parece justo  
será con el parecer  
de Otón, mi hijo, que está  
en Momblán.

CLAVELA.

¡Válgame el Cielo!

CONDESA.

Si es discreto, él lo tendrá  
por bien.

LIBERIO.

    Comunicarélo,  
y él vendrá, señora, acá  
a besar a Vuexcelencia  
los pies.

CONDESA.

Clavela, ¿no habláis?

CLAVELA.

Si está dada la sentencia  
en el pleito que tratáis,  
gran señora, en la presencia  
de mi padre, ¿qué he de hablar?  
Serviros solo apetezco.

CONDESA.

Venid, que os quiero enseñar  
mi alcázar.

*(Vanse todos, menos PINABEL)*

PINABEL.

Si es que merezco,  
amor, el Cielo gozar  
de tan bella perfección,  
términos acorta y plazos;  
que es muerte la dilación  
de sus amorosos lazos.  
Voy a ver y hablar a Otón.

*(Va)*

## ESCENA X

*Plaza delante del palacio de la Condesa.*

DON RODRIGO, CHINCHILLA.

DON RODRIGO.

¿Hay sucesos semejantes?

CHINCHILLA.

Cuando los llegue a saber  
Madrid, los ha de poner  
en sus novelas Cervantes.  
Aunque en el tomo segundo  
de su manchego Quijote  
no estarán mal, como al trote  
los lleven por ese mundo  
las ancas de Rocinante,  
o el burro de Sancho Panza.

DON RODRIGO.

Basta, que la semejanza  
desde Otón, tan importante



para mi necesidad  
y aumento de los cuidados,  
hoy libres y enamorados,  
tiene toda la ciudad  
engañada y persuadida  
que soy Otón.

HINCHILLA.

Lindo cuento  
es llegar de ciento en ciento  
a darte la bienvenida,  
y decir uno espantado:  
«¿Cómo no me conocéis,  
si ha tantos años que habéis  
mi lado y mi casa honrado?»  
Y otro decid. «No entendiera  
que con tanta brevedad  
las leyes del (1) amistad,  
Otón, el tiempo rompiera»;  
y tú, mascando entre dientes  
ambiguas satisfacciones,  
como quien reza oraciones,  
dar los brazos a parientes  
que en toda tu vida viste.

DON RODRIGO.

Con todos cumplo callando,  
lo que dicen otorgando.  
Tú en aquesto me metiste.  
¿Qué he de hacer?

HINCHILLA.

El callar sabe  
vencer. No ha faltado loco  
que viéndote hablar tan poco,  
dijo: «¡Qué necio y qué grave  
que viene el señor Otón!»  
Yo respondí, aunque lacayo:  
«Como Otón no es papagayo,  
no habla aquí de ostentación,  
ni hay pena para los mudos.»  
Mas nada hubo como ver  
el llegarte el mercader  
a pedir los cien escudos,  
y tú, muy disimulado,  
decir: «No penséis, señor,  
que como mal pagador,  
de la deuda me he olvidado.  
Venid a casa mañana;  
que mi padre os lo dará.»

DON RODRIGO.

En esto estoy puesto ya.

(1) Aunque en las dos ediciones de Hartzenbusch se lee: «de la amistad», Tirso escribiría «del amistad», como dijo siempre; recuérdese el título de su incomparable comedia: *El amor y el Amistad*.

La hermosura desta hermana  
en Momblán me ha detenido;  
que si no, yo deshiciera  
con mi ausencia esta quimera.

CHINCHILLA.

¿Hate Cupido escupido?

DON RODRIGO.

Desmandados pensamientos  
han dado en ser estudiantes,  
y como son principiantes,  
andan en los rudimentos.  
Pero en escuelas de amor,  
con poca dificultad  
alcanza en su facultad  
borla y grado de Doctor  
quien, para que no se excuse,  
el alma ofrece en propinas.

CHINCHILLA.

Ya parece que declinas  
con Clavela a *musa, musæ*,  
pero no querrás pasar  
con el estudio adelante,  
por más que seas estudiante.  
Si llegas a conjugar  
con ella...

DON RODRIGO.

No sé, por Dios,  
lo que te responda en eso.  
Que es hermosa te confieso.

CHINCHILLA.

¡Noramala para vos!

## ESCENA XI

PINABEL; DON RODRIGO, CHINCHILLA.

PINABEL.

Los brazos que a la venganza  
pudieran dar otro tiempo  
debida satisfacción  
y muerte al atrevimiento,  
por el amor enlazados  
que a prendas del alma tengo,  
y de quien vos sangre sois,  
para abrazaros ofrezco.  
Seáis, Otón, bien venido.

DON RODRIGO.

¿Qué es esto, señor? Teneos.

(*Aparte, a CHINCHILLA.*)

Chinchilla, huyamos de aquí,  
que cada instante me veo  
en un mar de confusiones.



CHINCHILLA. (*Aparte, a DON RODRIGO.*)

Con la industria y el silencio  
podrás salir bien de todo.  
Disimula, si eres cuerdo.

PINABEL.

Si pesadumbres pasadas,  
que en paces trocar deseo,  
os obligan a no hablarme,  
romped al enojo el velo;  
que en mí no bastan agravios  
de un hermano, por vos muerto,  
a que, olvidadas pasiones,  
no os salga, Otón, al encuentro.  
Los Cielos quieren que sea  
amigo y pariente vuestro.  
No neguéis a Pinabel  
lengua y brazos.

CHINCHILLA. (*Aparte, a su amo.*)

Ya di en ello.—  
Este es, señor, el hermano  
de aquel muerto caballero,  
causa de ausentarse Otón,  
y de todo este embeleco.  
Háblale y dalè los brazos,  
pues ya te he contado el cuento  
de la historia.

DON RODRIGO.

Pinabel,  
si he dudado en responderos,  
la novedad lo ha causado  
que en vuestras palabras veo,  
y aguardo de vuestras obras.  
¡Gracias a Dios y a los tiempos,  
que mudan las voluntades!

(*Abrázale.*)

PINABEL.

La priesa de mis deseos  
atropella las palabras.  
Sabed que el amor, tercero  
entre enojos criminales,  
eternas paces ha puesto  
en pasiones ya olvidadas;  
y hablando claro, yo quiero  
a vuestra hermana Clavela  
tanto, como al movimiento  
circular el primer móvil,  
y como la piedra al centro.  
La Condesa, mi señora,  
a mi intercesión y ruegos,  
se la pidió a vuestro padre,  
y respondió el cortés viejo  
(como de su entendimiento  
y prudencia se esperaba)  
a medida de mi gusto.  
A vos, Otón, remitiendo  
la ejecución de mi dicha;

pues siendo noble, no creo  
dejaréis de efectuarla,  
y estimar mi sangre y deudo.  
Vamos, amigo, a palacio,  
donde Clavela y Liberio  
con la Condesa os aguardan.

DON RODRIGO. (*Aparte, con su cria.*)  
¡Ay Chinchilla! ¿Qué es aquesto?

CHINCHILLA.

Atambores en cuaresma.

DON RODRIGO. (*Aparte.*)

(Por la puerta de los celos  
entré en vuestra casa, amor:  
no saldré de ella tan presto.)  
La dicha que se nos sigue  
a nosotros en teneros  
por pariente y por amigo,  
es notorio y manifiesto.  
Cuando a esta parte, no hay duda  
sino que seré el primero  
que por honrar nuestra sangre,  
trate vuestro casamiento.  
Solo hay un inconveniente,  
que la industria hará ligero,  
suspendiendo algunos días  
las bodas.

PINABEL.

Siglos eternos  
serán los breves instantes.  
Pero ¿qué estorbo hay?

DON RODRIGO.

Yo vengo  
de Madrid, Corte de España,  
patria y madre de extranjeros.  
Profesé en ella amistad  
con un noble caballero,  
que porque en Flandes nació,  
quiere bien a los flamencos.  
Es don Rodrigo Girón  
su nombre, a quien amo y quiero  
como a mí mismo, porque es  
conmigo un alma.

CHINCHILLA. (*Aparte.*)

Y un cuerpo.

DON RODRIGO.

Mil veces comunicando  
los dos, le dije el suceso  
que me desterró de Flandes,  
la hermosura encareciendo  
de Clavela de tal suerte,  
que aunque el amor que es perfeto  
entra al alma por los ojos,  
aquella vez entró dentro



como fe por los oídos:  
 Y fue con tan grande extremo,  
 que está pretendiendo un cargo  
 en Flandes, solo por esto.  
 Prometile a la partida,  
 por la fe de caballero,  
 si hallaba a Clavela libre,  
 aguardar un año entero  
 su venida, sin casalla;  
 pero en Madrid, que es el Cielo  
 de ocasiones amorosas,  
 y yo ausente, que era el cebo  
 de su amor, ya habrá el olvido  
 con él sus milagros hecho;  
 que a la mudanza en la Corte  
 le dan casa de aposento.  
 No he dicho nada hasta ahora  
 a mi padre; que lo dejo  
 para tratarlo despacio,  
 por ser negocio de peso.  
 Escribiréle esta noche  
 que Clavela, como es cierto,  
 está con vos concertada;  
 y aunque las bodas suspendo  
 por guardalle la palabra,  
 se han de poner en efeto.  
 Que suelte, y dé al desposorio  
 lugar. ¿Qué decís?

PINABEL.

Que temo  
 de mi desdicha que venga  
 a estorbar mi casamiento  
 don Rodrigo, con las alas  
 de sus mismos pensamientos,  
 que le traerán por los aires,  
 para que llegue más presto.  
 (Tocan arma dentro.)  
 Pero ¿qué alboroto es este?

DON RODRIGO.

Tocar a rebato sienta.

PINABEL.

¡Válgame Dios!, ¿qué será?

ESCENA XII

LEONELO; DON RODRIGO, PINABEL, CHINCHILLA.

LEONELO.

¡Notable caso!

PINABEL.

Leonelo,  
 ¿qué enemigos nos asaltan,  
 cuando estamos libres dellos?

LEONELO.

El palatino del Rin,  
 Casimiro, que viniendo  
 curioso o enamorado  
 hoy a Momblán encubierto,  
 a saber por experiencia  
 si son encarecimientos  
 o verdades los que alaban  
 nuestra Condesa hasta el Cielo;  
 perdido de su hermosura,  
 y a su amor correspondiendo,  
 conforme su pretensión  
 y cartas del duque Arnesto;  
 en saliendo de Momblán,  
 con un escuadrón tudesco,  
 que en el bosque le esperaba,  
 la vuelta ha dado, resuelto  
 de conquistar por las armas  
 la que no alcanzaron ruegos;  
 y no ha sido poca dicha  
 de que no haya entrado dentro,  
 cogiéndonos descuidados.

PINABEL.

¿Hay mayor atrevimiento?  
 Pero la Condesa es esta.

ESCENA XIII

La CONDESA, acompañamiento; los mismos.

PINABEL.

Señora...

CONDESA.

¿Que el mensajero  
 era del Duque mi hermano  
 Casimiro, el Conde?

LEONELO.

El mismo  
 que nuestra ciudad asalta.

CONDESA.

Como no asalte mi pecho,  
 poco importa. Pinabel...

DON RODRIGO.

Los pies, gran señora, beso  
 a Vuexcelencia.

CHINCHILLA. (Aparte.)

¡Por Dios,  
 que es gentil hembra en extremo  
 la viuda!

CONDESA.

¿Sois vos, Otón?



DON RODRIGO.  
Y humilde vasallo vuestro.  
*(Aparte, al criado.)*  
¡Qué hermosa mujer, Chinchilla!

CONDESA.  
Mucho me he holgado de veros.  
Yo prometí a vuestro padre  
daros. Otón, en viniendo,  
la plaza de secretario.  
Ya podéis servirla (1).

DON RODRIGO.  
  
Vuelvo  
a besar a Vuexcelencia  
los pies.

CHINCHILLA. *(Aparte, con su amo.)*  
Hucha de secretos  
eres. ¿Qué sé yo?

DON RODRIGO.  
  
Calla.

CONDESA.  
¿Querrá el Conde poner cerco  
a Momblán?

LEONELO.  
  
Así se dice.

CONDESA.  
Id, Pinabel, repartiendo  
soldados por las murallas,  
que los que en presidios tengo,  
y los que de los Estados  
del Duque mi hermano espero,  
humillarán la arrogancia  
de aqueste amante soberbio.  
*(Vase PINABEL.)*

ESCENA XIV

La CONDESA, DON RODRIGO, LEONELO, CHINCHILLA,  
acompañamiento.

DON RODRIGO.  
Si en vez de papel y tinta  
que me dais sin merecello,  
me concedéis, gran señora,  
que escriba con el acero  
hazañas, con que os sirváis,  
con vuestra licencia trueco  
la plaza de secretario  
por la de soldado vuestro.

(1) «Hemistiquio suplido.» Nota en las dos ediciones de Hartzenbusch.

CONDESA.  
Secretario y capitán  
podéis ser. Venid, tratemos  
lo que importa en este caso,  
porque sepa el Conde necio  
que si en la constancia imito  
a la viuda de Siqueo,  
en fortaleza la igualo.  
*(Vase con su acompañamiento.)*

ESCENA XV

DON RODRIGO, CHINCHILLA.

DON RODRIGO.  
¡Hay tal mujer!, ¡hay tal Ciel

CHINCHILLA.  
¿Qué te parece?

DON RODRIGO.  
  
Un milagro,  
y entre crepúsculos negros  
de aquel luto, me parece  
un sol que está amaneciendo.

CHINCHILLA.  
¿Hate enamorado ya?

DON RODRIGO.  
¿Tengo yo merecimientos  
para tal ángel?

CHINCHILLA.  
  
Patudo.  
¿Y Clavela?

DON RODRIGO.  
  
En ese empleo  
me ocuparé, que es mi igual.

CHINCHILLA.  
¡Bueno ha estado el embeleco  
con que a Pinabel burlaste!

DON RODRIGO,  
El amor es todo enredos.

CHINCHILLA.  
Vamos, señor secretario.

DON RODRIGO.  
Si me fía sus secretos,  
mil veces dichoso yo.

CHINCHILLA.  
Chamuscado te has al fuego  
de la viuda.



DON RODRIGO.  
Así es verdad.

CHINCHILLA.  
Parecerás pie de puerco.

DON RODRIGO.  
¿Por qué?

CHINCHILLA.  
Porque se chamusca.

DON RODRIGO.  
¡Ay viuda hermosa!

CHINCHILLA.  
¡Ay babero!

## ACTO SEGUNDO

*Jardín de la Condesa.*

### ESCENA PRIMERA

*La CONDESA.*

Yo os prometí mi libertad querida,  
no cautivaros más, ni daros pena;  
pero promesa en potestad ajena,  
¿cómo puede obligar a ser cumplida?  
Quien promete no amar toda la vida,  
y en la ocasión la voluntad enfrena,  
¡seque el agua del mar, sume su are-

[na,  
los vientos pare, lo infinito mida! (1).  
Hasta ahora con noble resistencia  
las plumas corto a leves pensamien-

[tos,  
por más que la ocasión su vuelo am-

[pare.  
Pupila soy de amor; sin su licencia  
no pueden obligarme juramentos.  
Perdonad, voluntad, si los quebrare.

### ESCENA II

*CLAVELA, la CONDESA.*

CLAVELA. (*Sin ver a la CONDESA.*)  
Todas las veces que a mi hermano  
[veo  
tan discreto apacible y cortesano,  
se va la voluntad del pie a la mano,  
y sale de su límite el deseo.  
Como hermano le quiero; mas no  
[creo  
que es bastante el amor, cuando es  
[de hermano,  
a dormir tarde, a despertar temprano.

(1) Diríase que en los soberanos cuartetos de ese soneto memorable cifró Tirso su íntimo drama y su victoria sobre las pasiones.

ni a ver cuál con sus ojos me recreo.  
Decid vos la verdad, desnudo ciego  
que aunque en amor de hermano

[hay ca  
me dan que sospechar tantos desve

[los.  
«La sangre hierve (me diréis) sin fue-

[go.]  
Sí; pero amor de hermano no desvela  
y cuando desvelara, no da celos.

CONDESA.  
Clavela.

CLAVELA.  
Señora mía.

CONDESA.  
Después que en mi casa estás,  
y con tu presencia das  
tregua a mi melancolía,  
cuando tú más la deshaces,  
más la aumentan mis cuidados,  
que en esta guerra engendrados,  
no admiten medios de paces.  
Ninguna cosa me agrada.

CLAVELA.  
No fueras tú tan prudente  
a no tener el presente  
pena de verte cercada.

CONDESA. (*Aparte.*)  
(¡No lo estuviera yo más  
de alterados pensamientos,  
que, todos atrevimientos,  
no vuelven un paso atrás!)  
Sentémonos aquí un rato,  
pues contra agravios del sol  
nos sirve de quitasol  
el compuesto y verde ornato  
de estos jazmines y nuezas,  
que con apacibles lazos



traen estos muros en brazos,  
formando calles y piezas.

CLAVELA.  
En aqueste cenador  
hay sillas.

CONDESA.  
Siéntate en una.

CLAVELA.  
No hagas a mi fortuna,  
señora, tanto favor.  
En el suelo estaré bien.

CONDESA.  
Gocemos de la llaneza  
que alborota la grandeza  
del palacio. No nos ven  
criados que nos murmuren.  
Siéntate, Clavela, aquí.

CLAVELA.  
Aunque no hay partes en mí  
que esta merced aseguren,  
por servirte, te obedezco.

(Siéntanse.)

CONDESA.  
¿Quieres bien a Pinabel?

CLAVELA.  
Si he de tener dueño en él,  
y por tu mano merezco  
darle título de esposo,  
cuando impedimentos quite  
mi hermano que los permite,  
querelle bien es forzoso.

CONDESA.  
¿Forzoso dices? Amor  
no es perfecto, si es forzado.  
Si anduviera Amor armado,  
llevárase por rigor:  
desnudo nos da señales  
que quien le ha de conquistar,  
Clavela, ha de pelear  
con él con armas iguales.

CLAVELA.  
Si Casimiro advirtiera  
en eso, no te cercara.

CONDESA.  
Es necio, pues no repara  
que Amor, que es niño, se altera  
de ver espadas desnudas.

CLAVELA.  
Sí, porque es de la paz dueño.

CONDESA.

El ver a Amor tan pequeño  
materia ha dado a mis dudas;  
porque siendo tan antiguo  
cuanto ha que el mundo es amante  
ya pudiera ser gigante;  
pero después que averiguo  
que entra por la vista Amor,  
y que tan pequeña puerta  
la entrada hace más incierta,  
cuanto es el que entra mayor,  
no me causa espanto el ver  
que a ser niño Amor se aplica;  
pues se desnuda y achica,  
Clavela, para caber  
mejor, pequeño y desnudo,  
por entrada tan estrecha.  
Pues si el Conde se aprovecha  
de las armas, cuando pudo  
dejar marciales despojos,  
y pide en la vista entrada  
no es bien que entre con la espada;  
qué me sacará los ojos.  
Amor, Clavela, es ladrón;  
siempre se entra sin ruido,  
y así del Conde atrevido  
venganza me dará Otón,  
en quien miro, te prometo,  
un gallardo capitán,  
un cortesano galán,  
un secretario discreto,  
y un...

(Aparte)  
¿Dónde vais? Deteneos  
pensamientos mal nacidos,  
que os arrojáis atrevidos  
tras desbocados deseos,  
que os tienen de despeñar.

CLAVELA.  
Por la parte que me cabe  
de que Vuexcelencia alabe  
mi hermano; a poderla dar  
la corona de Alemaña,  
honrándose en su cabeza,  
aumentará su grandeza;  
aunque después que de España  
vino Otón tan mejorado  
en valor y cortesía,  
discreción y gallardía,  
la merced con que le ha honrado  
Vuexcelencia, la merece.

CONDESA.  
Es muy sazonado Otón;  
muy buena conversación  
tiene...  
(Y muy bien me parece.)  
Holgárame de saber.



EL CASTIGO DEL PENSEQUE.-ACTO II

qué dama es la que entretiene sus penas, por ver si tiene tan buen gusto en escoger como en lo demás.

CLAVELA.

¿Quién duda que no querrá ser Otón en la mejor perfección imagen compuesta y muda? No creo que el pensamiento tan divertido tendrá, que algún tiempo no vendrá para algún atrevimiento digno de tan buen sujeto; pero Otón es tan callado, que hasta ahora no ha pagado censo a nadie su secreto.

(Aparte.)

Mucho se informa de Otón la Condesa, y la eficacia con que conserva su gracia, unos lejos de afición descubre de cuando en cuando. Celos, si sois adivinos, sospechando desatinos, la verdad vais apurando.

CONDESA. (Aparte.)

Mucho, Amor, manifestáis mi fuego; pues sois su centro, alma, amad puertas adentro. ¿Para qué lo pregonáis? Pero sois fuego que apura verdades contra el sosiego y diréis que nunca el fuego supo profesar clausura. Divertir quiero a Clavela no sospeche que amo a Otón. Si en materia de afición cursara el Conde la escuela de cortesía, y dejara las armas, pudiera ser que mereciera vencer, y mi rigor se ablandara; cuando desde las almenas, que no me pareció mal dando vidas a sus penas, del muro hizo tribunal. Buen talle tiene.

CLAVELA. (Aparte.)

(Eso sí.)

¿Qué tan bien te pareció?

CONDESA.

Después que el Duque murió, no casarme prometí;

pero esto de no tener herederos...

CLAVELA.

Deja achaques; que cuando sin ellos saques a luz tu amor, merecer puede el conde Casimiro que digas te ha desvelado más de una vez, y que has dado por él más de algún suspiro.

CONDESA.

No tanto.

CLAVELA.

¿Por qué razón?  
¿Hay más gallardo sujeto, más valiente, más discreto?

CONDESA.

Sí, Clavela.

CLAVELA.

¿Quién?

CONDESA.

Otón.

CLAVELA.

¿Otón más que el Conde?

(Aparte)  
¡Ay Cielos!

CONDESA. (Aparte.)

Desvelos, ¿queréis callar?  
Qué, ¿no os puedo refrenar?

CLAVELA. (Aparte.)

Despertad otra vez, celos.

CONDESA.

Si ello va a decir verdad, bien quiero al Conde, Clavela; lo demás todo es cautela: yo le tengo voluntad; y si desdén le he fingido es porque el Conde en rigor no diga, pudiendo Amor, que Marte me dio marido. Esto solo me hace esquiva, pues si me viene a vencer, no me tendrá por mujer, sino solo por cautiva. Por esto deseo que Otón le venza y traiga a mis ojos, y entre soberbios despojos humilde su presunción. Podrá ser que entonces pruebe dichas, que ahora no es justo, porque agradezca a mi gusto



lo que a sus armas no debe,  
Esto es verdad, en rigor.

CLAVELA.

Tu deso veas cumplido.

CONDESA.

No piense, si no es vencido,  
verse el Conde vencedor.

CLAVELA. (*Aparte.*)

Alguna satisfacción  
tenéis ya, niño tirano.  
¡Que me dé celos mi hermano!

CONDESA. (*Aparte.*)

¡Que quiera yo bien a Otón!  
(*Suenan cajas.*)

### ESCENA III

*Soldados, PINABEL, LIBERIO, CHINCHILLA, y detrás, con bastón, DON RODRIGO; la CONDESA, CLAVELA, que se sienta en el suelo.*

DON RODRIGO.

Ya el conde Casimiro ha levantado  
el cerco, Excelentísima señora,  
no voluntariamente, mas forzado  
de vuestra suerte, siempre vencedora.  
La vuelta da a su tierra, castigado  
como merece, quien os cercó ahora,  
de armas, mereciendo esa belleza  
cercos de oro que ciñan la cabeza.  
El deseo que anima mi ventura,  
para que os sirva ardides me ha ofre-  
cido  
con que rendir al Conde, que procura  
esposa conquistada, amor vencido.  
Salí amparado de la noche oscura,  
que apadrina al amante prevenido,  
y a la puerta que el mar combate a  
besos,  
mil hombres embarqué, diez tiros  
gruesos.  
Fue Pinabel su capitán valiente,  
si cortesano en paz, diestro en la gue-  
rra;  
y alargándose al mar circularmente  
dos millas de distancia, saltó en tie-  
rra.  
Sacó las piezas luego, echó la gente,  
y por las faldas de una cana sierra  
marchó hacia el campo, las banderas  
bajas,  
sin dar licencia a vocingleras cajas.  
Una hora antes que el alba pise flores  
llegó a vista del campo; a quien in-  
cita

el sueño con quiméricos vapores;  
y como Gedeón al madianita,  
al son de las trompetas y tambores,  
«Viva Diana, la Condesa», grita,  
escupiendo las piezas de campaña  
pelotas para chazas desta hazaña.  
El campo cercador y ya cercado,  
de Casimiro (digo yo) despierto  
(que no duerme el amante descuida-  
do).

Con más voces y gritos que concierto,  
a la defensa acude alborotado,  
que para más temor, tuvo por cierto  
que el Duque vuestro hermano a so-  
corros  
venía, dando acero a sus aceros.

Yo entonces, que aguardaba preveni-  
en la ciudad al venturoso efeto. [do  
abro las puertas, la campaña mido,  
y al enemigo ejército acometo.

De franjas de oro guarnecía el vesti-  
do  
a Flora hermosa el dios pastor de Ad-  
meto.  
cuando entre sangre, muertos y albo-  
roto,  
vio el Conde, no su amor, su campo  
roto.

En fin huyó, dejándose a los ojos  
del mismo sol, cubierta la campaña  
de muertos, de banderas, de despojos,  
testigos nobles desta ilustre hazaña.  
Así el amor castiga los enojos  
que el Conde os dio, quedando en Ale-  
maña  
publicando la fama sus delitos;  
que también tiene amor sus sambe-  
nitos.

CONDESA.

Otón, a vuestros hechos inmortales  
la fama ofrezca plumas y pinceles,  
si para celebrallos son iguales (1)  
versos de Homero, imágenes de Ape-  
les  
que cívicas coronas y murales  
de grama, de oro, robles y laureles,  
no bastan a premiar vuestra persona,  
si mis brazos no os sirven de corona.  
(*Abrázale.*)

¡Ay amor!, deteneos, que los lazos  
rompéis del alma, donde os tuve pre-  
so,

DON RODRIGO.

Si mi cuello coronan vuestros brazos,  
los premios, las coronas intereso

(1) «Son bastantes.» Nota en las dos edi-  
ciones de Hartzenbusch.



de la triunfante Roma. Estos abrazos,  
¿qué triunfos no aventajan?

CLAVELA. (*Aparte.*)

Pierdo el seso,  
celos rabiosos: ¡nunca Otón viniera,  
si en daño mía tal favor espera!

DON RODRIGO.

A Pinabel se debe, gran señora,  
esta vitoria.

CONDESA.

Ya yo sé que tengo  
en él un gran vasallo, y desde ahora  
premios de amor que goce le preven-  
[go.  
Pues a Clavela por esposa adora,  
ella le premie.

PINABEL.

A suplicaros vengo  
que a su hermano mandéis que acor-  
[te plazos,  
pues no quiero más premio que sus  
[brazos.

CONDESA.

Alcaide de Albareal quiero que sea  
Pinabel desde hoy.

PINABEL.

¡Mercedes tantas,  
gran señora!

CONDESA.

A Clavela doy la aldea,  
en dote, de Belflor.

CLAVELA.

Ya te adelantas  
a Cleopatra magnífica.

(*Aparte.*)

No vea  
mi amor en su poder, estrellas santas,  
Pinabel en su vida, o de la mía  
el curso corte en flor la muerte fría.

CONDESA.

Liberio, que tal hijo nos ha dado  
para defensa nuestra y honra suya,  
será gobernador de mi Condado,  
porque en sus canas su valor se argu-  
[ya.

LIBERIO.

Con que él os sirva a vos quedo yo  
[honrado:  
su dicha a vuestra fama se atribuya.

CONDESA.

Y a vos, que de valor sois un trasun-  
[to  
os quiero yo pagar, Otón, por junto.  
Pensando estoy qué os dar.

(*Aparte.*)

¡Ay quién pudiera  
hacerle de mí misma eterno dueño!

DON RODRIGO.

Del sol hermoso la dorada esfera,  
no os sirviendo, será premio pequeño

CONDESA. (*Aparte.*)

Quiero huir de mí misma; que ligera  
por los ojos el alma ardiente enseñe  
Venid, porque Momblán Otón, os go  
[ce  
pues por su defensor os reconoce.

CHINCHILLA.

¿Pues cómo? ¿De Chinchilla no hay  
[más cuenta  
que en esta guerra desplumó la fama?

CONDESA.

¿Pues qué habéis hecho vos?

CHINCHILLA.

Eso me afrenta.  
Quitó ayer los cordeles a mi cama,  
y juntando seis mil ciento y sesenta  
chinchas que, como celos a quien  
[ama,  
pican, marchando fui (¡gran mara-  
[villa!)  
con tanta chinche, el capitán Chinchilla,  
Ella y yo vencimos, y quisiera,  
que en premio de ser yo tan gran  
me hiciera Vuexcelencia... [soldado,

CONDESA.

¿Qué?

CHINCHILLA.

Me hiciera  
tabernero mayor deste Condado.

DON RODRIGO.

Necio, vete de ahí.

CONDESA. (*Aparte.*)

¡Ay!, ¡quién pudiera  
Otón, hacerte Conde! ¡Que a un cria  
[do  
tenga yo amor! El verle me enloquece  
[ce  
mas es bizarro Otón: bien lo merece  
(*Vanse todos, menos DON RO-  
DRIGO y CHINCHILLA.*)



## ESCENA IV

DON RODRIGO, CHINCHILLA.

DON RODRIGO.  
 ¡Ay Chinchilla!, si en los ojos  
 el amor su idioma tiene,  
 y a quien a mirallos viene  
 habla regalos o enojos;  
 y en las amorosas dudas  
 son sus niñas hechiceras,  
 cuando callan, más parleras,  
 porque hablan por señas mudas;  
 ya la condesa Diana  
 (leyendo sus bellos ojos)  
 me ha dicho cosas por ellos  
 divinas. No hay lengua humana  
 tan discreta y elegante,  
 aunque a la de Tulio exceda,  
 que en un año decir pueda  
 lo que ellos en un instante.  
 ¡Qué de cosas me ha advertido!  
 ¡Qué de regalos me ha hecho!  
 ¡Qué bien me mostró su pecho!  
 ¡Qué bien me ha favorecido!  
 Loco estoy.

CHINCHILLA.

Mira que son  
 quimeras todas y antojos.

DON RODRIGO.

Si hay retórica en los ojos  
 con colores de alición,  
 yo sé bien que no me engaño:  
 lenguaje es este de amor.

CHINCHILLA.

Basta, que eres Galaor.  
 Bien habrás mudado hogaño  
 cien damas. ¿Qué yerbas pisas?  
 ¿Quién te ha vuelto camaleón?  
 En un año ciento son  
 aun muchas para camisas.  
 ¿No te estaba bien, Clavela,  
 mujer rica y principal,  
 en sangre y amor tu igual?  
 Que en sabiendo la cautela  
 con que finges ser su hermano,  
 y que eres en vez de Otón,  
 un castellano Girón,  
 del de Osuna el más cercano,  
 mienta yo, si no imagino  
 que olvidando a Pinabel,  
 te hiciera dueño en vez dél,  
 de su talle peregrino.  
 Vuelve a casa, pan perdido:  
 Clavela te está mejor.

DON RODRIGO.

No menosprecio su amor,  
 pues que tengo entretenido  
 a Pinabel; mientras sé  
 si me tiene voluntad  
 la soberana beldad  
 de la Condesa, podré  
 contemporizar, Chinchilla,  
 con Clavela.

CHINCHILLA.

¡Plegue a Dios  
 que no volvamos los dos  
 trasquilados a Castilla!  
 Ya es de noche.

DON RODRIGO.

No es posible  
 que pueda dormir quien ama.  
 Al terrero de mi dama,  
 no en la cama aborrecible,  
 me tiene de amanecer.  
 Dame otra capa y sombrero.

CHINCHILLA.

¿No quieres cenar primero?

DON RODRIGO.

No, Chinchilla.

CHINCHILLA.

¿Sin comer  
 amas? ¡Lindo desvarío!  
 Tú te pondrás pronto flaco,  
 porque sin Ceres ni Baco  
 dicen que amor tiene frío.

(V)

## ESCENA V

Plaza delante del palacio de la Condesa.

CASIMIRO, FLORO.

CASIMIRO.

Floro, en vano me aconsejas:  
 si a la muerte de un rigor  
 estoy, ¿no será mejor  
 morir delante estas rejas?  
 Oiga este muro mis quejas,  
 pues aquestas piedras frías  
 a mis malogrados días  
 obsequias haciendo están:  
 quizá les ablandarán  
 las tristes lágrimas mías.

FLORO.

Refrena el atrevimiento



con que en las manos te pones  
de Diana.

CASIMIRO.

En sus prisiones  
moriré, Floro, contento.  
Entre estas piedras intento  
escoger sepulcro igual  
a mis penas, Floro leal,  
para que mi ingrata bella  
conozca que si no en ella,  
en piedras hacen señal.  
Palma ingrata, cuyo fruto  
no goza el dueño en su vida,  
¿por qué, si sois homicida,  
dando muerte os ponéis luto?  
¿Por qué no pagáis tributo  
a amor, cuyo tribunal  
tiene imperio universal?  
¿Cómo puede, ingrata, ser  
que tenga en todos poder,  
y en vos nunca, por mi mal?

ESCENA VI

CLAVELA, a una ventana del palacio; CASIMIRO,  
FLORO.

CLAVELA. (*Sin ver a nadie.*)

En vano, locos desvelos,  
prueba a dormir mi temor;  
que no tiene mucho amor  
quien puede dormir con celos.  
¡Que me hayan dado los Cielos  
un mal con pensión tan fiera,  
que aunque sin remedio muera,  
no me consientan hablar  
a quien me pueda quejar  
que estoy enferma siquiera!  
Mi hermano me tiene loca  
de amor y celos: ¿no es mengua,  
Amor, que os ate la lengua,  
y os tape el temor la boca?  
Quejándose, el fuego apoca  
de la fiera calentura  
el enfermo que procura  
sanar; mas ¡ay suerte avara!  
que mal que no se declara,  
difícilmente se cura.  
¿Con qué cara será justo  
que me atreva a declarar  
con mi hermano? No ha lugar;  
pensarlo me causa susto.  
¿Es bien pagar tal pensión,  
mi ciega y nueva pasión?  
Decidle vosotros, ojos,

la causa de mis enojos;  
que la lengua no es razón.

CASIMIRO.

Los acentos de unas quejas  
oigo, Floro, a una ventana  
del palacio de Diana.

FLORO.

Suyas son aquellas rejas.  
Quejárase desvelada  
entre sus damas alguna  
contra el amor y fortuna,  
o celosa, o desdeñada.

CASIMIRO.

Pues déjamela escuchar  
que si desdichas ajenas  
disminuyen propias penas,  
los dos podremos llorar  
a versos la tiranía  
de este amor, que puede tanto;  
que hasta en la pena y el llanto  
consuela la compañía.

CLAVELA. (*Aparte.*)

Hablar siento en el terrero;  
saltos me da el corazón.  
¿Si adivina que es Otón,  
y muere del mal que muero?  
La Condesa le ha mirado  
con tan eficaz afeto,  
que si al paso que es discreto,  
es Otón considerado,  
ya habrá su amor conocido;  
y no pienso yo de Otón  
que perderá la ocasión,  
favorable al atrevido.  
¿Si le quiere bien? Querrá,  
y tras querer bien, ¿quién duda  
que amante al terreno acuda,  
si ya entre los dos no está  
concertado que a estas horas  
le venga a este puesto a hablar?  
Mi mal quiero averiguar.  
¡Ay sospechas embaidoras!  
Caminante que anda a oscuras,  
astrólogo que experiencias  
conoce por consecuencias,  
médico por conjeturas,  
en vano pienso que trazo  
averiguar mis desvelos;  
que de ordinario los celos  
ven por tela de cedazo.



ESCENA VII

DON RODRIGO, *de noche*; CHINCHILLA. CLAVELA,  
CASIMIRO, FLORO.

DON RODRIGO. (*Hablando con su criado,  
sin reparar en nadie.*)  
Chinchilla, aguardame aquí.

CHINCHILLA.  
¿Con qué brasero a los pies?  
¿Piensas tú que Flandes es  
Madrid o Sevilla? Di.  
En mayo estamos, y nieva  
como por la Candelaria.

DON RODRIGO.  
Siempre has de ser de contraria  
opinión.

CHINCHILLA.  
Párate y prueba.  
¿Tú no ves con cuánta prisa  
el Cielo a la tierra llana,  
porque es Domingo mañana,  
la está vistiendo camisa?  
Los hielos, ¿no te congijan,  
ni el ver que aquí a todas horas  
son las nubes cardadoras?  
Mira los copos que arrojan;  
mira asomar, por gateras  
de nubes despedazadas,  
estrellas, de puro heladas,  
temblando. ¿No consideras  
tú cuál están, señor mío?  
Pues cree que aunque estrellas sean,  
parece que centellean,  
y es que tiritan de frío.

CASIMIRO.  
Gente ha venido al terrero.  
¡Válgame Dios!, ¿quién será?

FLORO. (*Hablando aparte con el CONDE.*)  
Rondantes tenemos ya.

CASIMIRO.  
Apártate aquí, que quiero  
saber, Floro, si la dama  
que se quejaba, le espera,  
y quién es él.

FLORO.  
Considera,  
señor, que a la puerta llama  
del alba el sol.

CASIMIRO.  
No amanece.  
¿No dejaste el barco atado?

FLORO.  
Junto a este muro bañado  
del mar, que besos le ofrece.

CASIMIRO.  
Déjame ahora, que presto,  
dando los remos al mar,  
nos pueden asegurar.  
(*Apártanse a u*)

DON RODRIGO.  
Despejado me han el puesto.  
No les debe de importar  
este sitio lo que a mí.

CLAVELA.  
¡Ay!, ¡si fuese Otón!

DON RODRIGO. (*Aparte.*)  
Yo oí  
de una reja a Otón nombrar.  
¡Cielos! ¿Hay dicha mayor?

CHINCHILLA. (*Aparte.*)  
¡Pese a los hielos judíos!  
Tiritando con dos fríos,  
de la nieve y del temor,  
¡y alcahuete centinela!  
(*Pe*)  
Eso sí; pasear y dalle,  
por no pasarme en la calle,  
pues no he cenado cazuela.

DON RODRIGO. (*Aparte.*)  
(¿Qué dudo? ¿No puede ser  
que sea la Condesa? No.  
¿Si me quiere? ¿Qué se yo?  
¿No soy hombre? ¿No es mujer  
Llego.) ¡Ah de arriba!

CLAVELA.  
¿Quién

DON RODRIGO.  
Otón, que ausente merece  
que dél se acuerden.

CLAVELA. (*Aparte.*)  
Parece  
que es mi hermano.

DON RODRIGO. (*Aparte.*)  
¿Si es mi c

CLAVELA.  
¿Sois vos, Otón?

DON RODRIGO.  
Sí, señora.  
Vos, ¿quién sois?







de noche por las ventanas,  
si la que vos pensáis fuera?

DON RODRIGO.

Y aun por ver que lo negáis  
más mi sospecha aumentáis.

CLAVELA.

Ahora bien, Otón, no quiera  
el Cielo que a quien me ha dado  
vitoria y libertad hoy,  
tenga suspenso. Yo soy  
la Condesa deste Estado.

CASIMIRO. (*Aparte, con FLORO.*)

¡Ay Floro! ¿No escuchas esto?  
Sin duda tiene afición  
la ingrata Condesa a Otón.  
El me ha vencido, él me ha puesto  
en este estado. ¿Será  
justo que le demos muerte?

FLORO.

Señor, tu peligro advierte.

CASIMIRO.

No hay temer peligros ya,  
Con las alas del batel  
volveremos por el mar:  
la noche nos da lugar,  
y prisa el odio cruel  
que a Otón tengo.

FLORO.

Espera un poco;  
satisfácete primero  
de a quién ama.

CASIMIRO.

Si eso espero,  
fuerza será el verme loco.

DON RODRIGO.

No en balde el alma adivina,  
contra la sospecha vana,  
hermosísima Diana,  
conoció la luz divina  
que eclipsa el funesto luto  
que traéis.

CLAVELA.

Nuevos cuidados,  
para el sosiego pesados,  
han usurpado el tributo  
que al decanso paga el sueño.  
No puedo pegar los ojos.

DON RODRIGO.

¡Ay! ¿Quién de aquesos enojos

supiera quién es el dueño?  
¿Queréis decírmelo a mí?

CLAVELA.

Vos la ocasión de mi bien  
sois, y de mi mal también.

CASIMIRO. (*Aparte.*)

¿Esto escucho?

DON RODRIGO.

¿Cómo así?

CLAVELA.

De mi bien, porque vencido  
habéis al Conde, que a amor  
quiere obligar con rigor,  
sabiendo que el bien nacido  
con halagos y blandura  
se deja mejor llevar;  
de mi mal, porque el pesar  
que al Conde distes, procura  
desvelarme como veis.

DON RODRIGO.

¿Pesar del Conde os desvela?

CLAVELA.

Con vos no ha de haber cautela;  
y pues ya lo más sabéis,  
¿veis el aborrecimiento  
que al Conde he mostrado, Otón?  
¿Veis que arriesgo mi opinión,  
huyendo mi casamiento,  
rebelde, por resistir  
las armas con que pretende  
el amor con que me ofende?  
Pues más hago en reprimir  
desvelos que han de vencer  
al cabo.

CASIMIRO. (*Aparte.*)

¡Ay piadosos Cielos!  
¿Esto es verdad?

DON RODRIGO. (*Aparte.*)

(Viles celos,  
¿esto venimos a ver,  
y me dejáis con la vida?  
¡Ay esperanza engañada,  
tan despacio conservada,  
y tan aprisa perdida!)  
Pues si queréis bien al Conde,  
y su valor y grandeza  
con vuestro estado y riqueza  
igualmente corresponde,  
señora, y el Duque Arnesto,  
vuestro hermano, os ha pedido  
que le admitáis por marido;  
siendo el medio tan honesto.



¿por qué le habéis despreciado,  
y vuestro rigor le ofende?

CLAVELA.

Porque por armas pretende  
lo que se ha de hacer de grado.  
Amor se cobra por plazos  
(como censo), por desvelos,  
suspiros, penas, recelos;  
pero no a fuerza de brazos;  
que es dios, y ha de poder más.  
Si el Conde querer supiera,  
menos armado viniera;  
que no se rindió jamás  
Cupido a Marte, y es loco  
quien inquieta su sosiego;  
que amor, del modo que el fuego,  
se introduce poco a poco.  
A fe que si por despojos  
de vuestra vitoria, Otón,  
en prueba de su afición,  
trujérades a mis ojos  
al Conde preso y rendido,  
que sospecho de mi amor  
que viéndose vencedor,  
se sujetara al vencido.  
¡Ay Otón!, si en lugar vuestro  
el Conde me oyese...

CASIMIRO. (*Aparte, con FLORO.*)

Floro,  
¿diré a voces que la adoro?  
¿Daré del gozo que nuestro  
señales? ¿Diré quién soy?

FLORO.  
Calla.

CASIMIRO.

¿Qué espero?, ¿qué aguardo?

CLAVELA.

¿Hay príncipe más gallardo  
que el Conde en el mundo hoy?  
Del Imperio es elector,  
y pretendiente también.

DON RODRIGO.

En fin, vos le queréis bien,  
que es la ventura mayor.

(*Aparte.*)

¡Ay de mí!

CHINCHILLA. (*Aparte.*)

(¡Que el Cielo esté  
echando chuzos aquí,  
y se estén los dos así,  
sin por qué ni para qué!  
Maldiga Dios tal paciencia.

Aquesto va muy despacio;  
alborotar a palacio  
quiero, fingiendo pendencia.  
Meto mano).

(*A voces, dando cuchilladas  
viento.*)

Perro, advierte  
que es de Chinchilla esta espada.  
Muere. Desta cuchillada,  
le espeto. ¡Ay! Dile la muerte.

CLAVELA.

¿Qué ruido es este? ¡Ay Cielos!

CHINCHILLA.

Muera.

(*Vas*)

CLAVELA.

Otón, mirad por vos,  
y guardad secreto.

DON RODRIGO.

Adiós.

(*Vas*)

### ESCENA VIII

CLAVELA, a la ventana; CASIMIRO, FLORO.

CLAVELA.

Yo he dado gentiles celos  
a Otón, y quizá por ellos  
mudará de parecer;  
que no querrá pretender  
de Diana los ojos bellos,  
compitiendo con el Conde;  
más ¿qué os aprovecha, Amor,  
el ser vos enredador,  
si un imposible os responde  
que no puedo, aunque a mi hermano  
adore, ser su mujer?  
Mas diréis que queréis ser  
el perro del hortelano.

(*Quitase de la ventana*)

### ESCENA IX

CASIMIRO, FLORO.

CASIMIRO.

¿De qué sirve el encubrirme?  
¡Ah mi Condesa!, ¡ah mi bien!  
Luz esos ojos me den.  
El Conde soy; a rendirme  
vengo a esos pies. Yo fui necio  
en pretender conquistaros  
por armas: con adoraros



por sol de divino precio,  
con veros no más, Diana,  
pudiera alegre vivir:  
solo por mí sé decir  
que fue cólera alemana.  
Mas, mi bien, yo aguardaré  
desde aquí, si he sido loco,  
un año, un siglo, y es poco.

FLORO.

Aqueso, sí; cansaté;  
que una hora ha que se quitó  
de la reja la Condesa.

CASIMIRO.

Oh muros, ¿cómo no os besa  
quien en vosotros oyó  
tal favor?, oh rejas mías,  
cera sois, no hierro duro.

FLORO.

Deja las rejas y el muro,  
y mira que desvarías.

CASIMIRO.

Si la Condesa ha propuesto,  
viéndome a sus pies rendido,  
darme el nombre de marido,  
volvérme al duque Arnesto,  
y pediréle perdón;  
y cuando me le conceda,  
procuraré que interceda  
con la Condesa. Razón  
será que a los bellos pies  
de Diana humilde pida,  
o que me quite la vida,  
o lo que más cierto es,  
me dé con Oberisel  
la gloria que merecí.

FLORO.

¿Quieres que nos vamos?

CASIMIRO.

Sí.

Desata, Floro, el batel.  
¿Qué intenté con mano armada  
venceros, viuda constante?  
¡Mal haya, amén, el amante  
que quiere mujer forzada!

(Vanse.)

### ESCENA X

DON RODRIGO, CHINCHILLA; CASIMIRO, dentro.

DON RODRIGO.

¡Vive Dios!, si no mirara  
el amor que me has tenido

y lo mucho que te debo,  
loco, necio, sin juicio,  
que te cortara las piernas,  
y sirvieras de castigo  
y venganza a mis agravios.

CHINCHILLA.

¿Así se pagan servicios?  
¿Qué te he hecho?

DON RODRIGO.

¿Qué, cobarde?  
Fingir, borracho o dormido,  
cuando estoy con la Condesa,  
pendencias vanas.

CHINCHILLA.

¡Bonito  
soy yo para fingimientos!  
¿Qué había de hacer, si vino  
al encuentro...?

DON RODRIGO.

Dilo presto. ¿Quién, borracho?

CHINCHILLA.

Vino el vino,  
o un gigante con cien pies,  
doce brazos, mil colmillos,  
seis gatzates, diez quijadas,  
un ojo, y tres colodrillos.  
Díjome: «Suelta la capa.»  
Respondíle yo: «Hace frío.»  
Diome una coz, y dejóme  
la chinela en el ombligo;  
eché mano...

DON RODRIGO.

Calla infame.

CASIMIRO. (Dentro.)

Adiós, palacios propicios,  
donde vive mi Condesa;  
que antes de un mes Casimiro  
será su dichoso dueño.  
Boga, Floro.

DON RODRIGO.

¡Ay Dios! ¿Qué he ( )  
¿Dijo Casimiro?

CHINCHILLA.

Sí,  
Casimiro la voz dijo.

DON RODRIGO.

¿Luego Casimiro ha estado  
aquí?



CHINCHILLA.

¡Y cómo! Todo ha sido encantamientos; que andan estantiguas o estantiguos.

DON RODRIGO.

¿Si vino a hablar la Condesa, llamado, el Conde atrevido? Más pues aquí le aguardaba, llamado por ella vino.

¡Oh altanera presunción!  
¡Qué presto por vos imito  
a Luzbel en el caer  
de la altivez de mí mismo!

ESCENA XI

La CONDESA, a la ventana; DON RODRIGO,  
CHINCHILLA.

CONDESA. (*Aparte.*)

Voces oigo en el terrero,  
y a esa ventana he sentido  
hablando no sé yo a quién.  
Desvelos y desatinos  
engañan mi pensamiento.  
¿Cómo, Amor, si os pintan niño  
no dormís? ¿Cómo si viejo,  
tenéis de mozo los bríos?

DON RODRIGO.

Alto, pensamientos locos,  
hagamos cuenta que ha sido  
lo que por mí pasó, un sueño;  
de la memoria os despido.  
La Condesa es muy discreta;  
Casimiro, el Conde, digno  
de su hermosura y Estados;  
gócense años infinitos;  
que a Clavela por hermosa,  
por hija de un padre rico,  
por discreta y principal,  
desde aquí otra vez elijo.  
¿Declararéle quién soy?  
¡Ay Cielos!

CONDESA. (*Aparte.*)

Entre suspiros  
oigo quejas lastimadas,  
aunque el porqué no percibo.  
¿Quién será? ¡Válgame el Cielo!

CHINCHILLA.

Escucha; que aun no se ha ido  
tu dama de la ventana;  
que la luz que por resquicios  
de nubes nos da la luna,

nos muestra lejos y visos  
de una dama en embrión.

DON RODRIGO.

¿Mi dama? ¿Qué dices?

CHINCHILLA.

Digo  
que hablemos de amanecer  
como besugos.

DON RODRIGO.

Si es ido  
el Conde, ¿qué aguardará  
la Condesa?

CHINCHILLA.

Un romadizo.  
(DON RODRIGO se acerca a  
ventana, y CHINCHILLA se arr  
a una pared.)

DON RODRIGO.

¡Ah de la reja!

CONDESA.

¿Quién llama?

DON RODRIGO.

¿Cómo habéis desconocido  
a Otón, que agora os hablaba?  
¡Tanto rigor!, ¡tanto olvido!

CONDESA. (*Aparte.*)

¡Otón aquí y a tal hora,  
y que hablaba en este sitio  
con dama de mi palacio!  
¿Qué es aquesto, celos míos?  
Fingirme Clavela quiera.  
Amor, ¿tan en los principios,  
en celos vais dando de ojos?  
¿Qué haré yo, pobre, que os sigo

DON RODRIGO.

¿Ya, señora, no me habláis?

CONDESA.

Si no os hablo, hermano mío,  
es porque estoy enojada  
con vos, y mucho he sentido  
que con vuestras dilaciones  
Pinabel pierda el sentido,  
entre esperanzas dudosas.  
Perdonadme si esto os digo;  
que la vergüenza a la noche  
licencia, Otón, ha pedido.

DON RODRIGO.

¿Cómo! ¿Pues sois vos Clavela?



CONDESA.

Clavela soy, que he venido  
a entretener esperanzas  
de quien padece el martirio  
de un año de noviciado,  
sin ser en amor novicio.  
Aquí a Pinabel espero.

DON RODRIGO.

¿Queréisle mucho?

CONDESA.

Infinito;  
que es muy galán Pinabel,  
muy discreto y bien nacido.

DON RODRIGO.

Alto, pues; si eso es así,  
desde aqueste lugar mismo  
me parto, por desdichado,  
al desierto del olvido;  
mas porque sepáis primero  
las desgracias que han seguido  
mi suerte desde la cuna.  
(¡Ojalá que hubiera sido  
mi sepulcro juntamente!)  
Yo no soy (verdad os digo),  
no soy vuestro hermano Otón.

CONDESA.

¡Cómo! ¿Estáis en vos?

DON RODRIGO.

Perdido  
estoy; mas esto es verdad.  
Madrid, Corte de Felipe,  
Clavela, es mi patria ingrata,  
y mi nombre don Rodrigo  
Girón; de Reyes desciendo,  
no obstante que el Cielo quiso  
hacerme tan desdichado,  
señora, cuan bien nacido.  
Tengo un hermano mayor  
con un mayorazgo rico,  
de quien cobraba alimentos  
muy cortos y muy reñidos.  
Tratábame mal mi hermano;  
sufríle mil desatinos,  
po ser menor y más pobre;  
mas como no es infinito  
el sufrimiento en un hombre,  
acabóse en fin el mío  
descompúsose una vez  
demasiado: reñimos,  
sin ser bastantes terceros;  
con que dejándole herido,  
fue fuerza salir de España,

pobre y desapercibido.  
Vine a Flandes confiado  
en cartas de deudos míos  
para el Archiduque Alberto;  
llegué a Momblán de camino:  
tuvísteme por Otón,  
que si me es tan parecido  
en desdichas como en cuerpo,  
poco su fortuna envidio.  
Porfiastes de manera,  
Liberio que era su hijo,  
y vos que era vuestro hermano,  
que obligado y persuadido  
de porfías y pobreza,  
la necesidad me hizo  
contemporizar con todos.  
Yo, Clavela, os he querido  
de modo, que he dilatado  
la boda, como habéis visto,  
de Pinabel, siendo yo  
aquel caballero mismo  
que fingí esperar de España;  
bien que intentos atrevidos  
me prometieron quimeras.  
que por serlo, no las digo.  
Pero pues a Pinabel  
amáis, como me habéis dicho,  
y yo que soy caballero,  
engañaros no permito,  
a España quiero volverme;  
que si en ella y aquí he sido  
desdichado; mal por mal,  
moriré entre mis amigos.  
Adiós, mi fingida hermana.

CONDESA.

Esperad.

(¡Cielos benignos!  
Detenédmele.) No os vais;  
que ya seáis don Rodrigo,  
como decís, o ya Otón,  
con juramento os afirmo  
de no amar a Pinabel;  
antes si sé y averiguo  
que no soy hermana vuestra  
os daré de esposo mío  
mano y palabra, a pesar  
de desdichas y peligros.

(Aparte

DON RODRIGO.

Clavela, ¿será esto cierto?

CONDESA.

Como el volar sucesivo  
el tiempo: como el correr  
para su centro los ríos.



DON RODRIGO.  
Pues, querida esposa, adiós.

CONDESA.  
Adiós, esposo querido.  
Fingid que sois vos mi hermano.

DON RODRIGO.  
Solo en amaros no finjo.

CONDESA. (*Aparte.*)  
Porque no se me ausentase,  
quimeras le he prometido,  
que no cumplirá Clavela,  
si yo puedo.

DON RODRIGO.  
Dueño mío,  
adiós.

CONDESA.  
Adiós, mi español.

Amor, deste laberinto  
me sacad. (A)

DON RODRIGO.  
Chinchilla, vamos.

CHINCHILLA.  
Por Dios, que me había dormido

## ACTO TERCERO

*Sala del palacio.*

### ESCENA PRIMERA

*La CONDESA, CLAVELA.*

CLAVELA.  
Mucho madrugas.

CONDESA.  
Clavela,  
tengo bastante ocasión.

CLAVELA. (*Aparte.*)  
Si es la que el alma recela,  
cuidados serán de Otón,  
que a mí también me desvela.

CONDESA.  
¿Qué dices?

CLAVELA.  
Que Pinabel,  
en cuya ausencia suspiro,  
es con mi sueño cruel,  
como tú con Casimiro.

CONDESA.  
Hoy te has de casar con él.

CLAVELA.  
¡Cómo, señora!

CONDESA.  
No es justo  
que Otón haga tanto daño  
a la esperanza y al gusto,  
que quiera que aguarde un año,

conociendo tú el disgusto  
que causa su dilación.  
Esto pide Pinabel.

CLAVELA.  
Sí; mas mira...

CONDESA.  
No es razón  
que cuando tú seas Raquel  
quiera ser Labán Otón,  
de un Jacob enamorado;  
pues ni hay Lia, ni paciencia  
ni es Otón suegro pesado;  
aunque poca diferencia  
irá de un suegro a un cuñado.  
Yo he conocido el pesar  
que a ti también te atormenta,  
y acabas de confesar;  
y pues corre por mi cuenta,  
hoy te le pienso aliviar.

CLAVELA.  
Sí; mas ¿la palabra dada  
a don Rodrigo Girón...?

CONDESA.  
¡Oh, lo que pecas de honrada!  
En viniendo, dirá Otón  
que fuiste por mí forzada  
a casarte. ¿Dónde vas?

CLAVELA.  
Voy a traerte los guantes.



CONDESA.

Hoy la mano le darás.

CLAVELA. (*Aparte.*)Daréla a la muerte antes.  
Clavela, a morir; no hay más.(*Vase.*)

## ESCENA II

La CONDESA.

¿Que no ha de bastar valor  
para resistir desvelos?  
Pero entre espinas de celos,  
¿cuándo sosegó el amor?  
Quiero dormir, y es peor,  
pues si goza mi cuidado,  
durmiendo, el sabroso estado  
que intenta mi atrevimiento,  
despierto, y da más tormento  
el bien después de soñado.  
¿Que con fuerza tan extraña  
un español me avergüence?  
Pero ¿qué no rinde y vence  
la gala y valor de España?  
Si con una ilustre hazaña  
no volvéis por vos, honor,  
decidle a vuestro temor  
que os ha un español rendido;  
pues es honra del vencido  
la opinión del vencedor.  
¿No es noble el español? Sí.  
Mas, ¡ay esperanza necia!  
Quien a un Príncipe desprecia,  
¡se rinde a un vasallo así!  
Yo me acuerdo que leí  
que con ánimo constante,  
a un león, a un elefante  
rinde un pequeño animal:  
venganza, pues, con honra igual  
a un loco Conde mi amante.

## ESCENA III

DON RODRIGO, la CONDESA.

DON RODRIGO.

A que firme las libranzas,  
que me mandó Vuxcelencia,  
he venido a su presencia.(*Aparte.*)

¡Ay difuntas esperanzas!

CONDESA.

¿Libranzas traéis, Otón?

(*Aparte.*)

(¡Ojalá en ellas hallara  
libranza yo, que librara  
mi afligido corazón!)  
¿Cómo venís tan temprano?

DON RODRIGO.

Porque me han dicho, señora,  
que por imitar la aurora,  
al sol ganastes de mano,  
levantandös antes que él.

CONDESA.

Otón, no puedo dormir.

DON RODRIGO.

Tenéis mucho que advertir;  
que el regir a Oberisel  
no da cuidado pequeño.

Un mal tenemos los dos.

(*Aparte.*)

CONDESA.

Dadme algún remedio vos,  
si le sabéis, para el sueño.

DON RODRIGO.

No le hay para esas ojeras,  
sino es que le den los Cielos,  
porque no dan sueño a celos  
jarabes de adormideras.

CONDESA.

¿Celos yo?

DON RODRIGO.

Quien tiene amor,  
mal sin celos vivirá.  
Como el Conde ausente está,  
venturoso sucesor  
de Duqué, harán lo que suelen  
pintar con falsos colores  
pensamientos que desvelen  
la más segura lealtad;  
porque celos entre amantes  
son como los caminantes,  
que pocos cuentan verdad.

CONDESA. (*Aparte.*)

(Clavela le habrá contado  
que amo al conde Casimiro.)  
Otón, según lo que miro,  
vos estáis escarmentado  
del mal de los celos fiero.

DON RODRIGO.

¿Yo celos, señora mía?

CONDESA.

¿Qué cinco collos...



lo que de noche el terrero  
sabe, y vos decís en él?

DON RODRIGO.  
¿Celos yo? No sé hasta aquí  
de quién los tenga.

CONDESA.

Yo sí.

DON RODRIGO.  
¿Vos? ¿De quién?

CONDESA.

De Pinabel.

DON RODRIGO.  
¿No es amante de mi hermana?  
¿Qué celos me puede dar?

CONDESA.

No lleguemos a apurar  
más verdades; que no es vana  
aquesta imaginación,  
aunque viváis con cautela.

DON RODRIGO. (*Aparte.*)  
¿Más qué le ha dicho Clavela,  
que no soy su hermano Otón?

CONDESA.

Mañana se han de casar  
ella y Pinabel sin falta.

DON RODRIGO.

¿Y si mi palabra falta?

CONDESA.

Por mí, no importa faltar  
una palabra.

DON RODRIGO.

Hela dado  
a don Rodrigo Girón,  
caballero de opinión,  
y a quien estoy obligado.

CONDESA.

Vos, ¿no gustáis que se haga,  
Otón, este casamiento?

DON RODRIGO.

Quitando este impedimento,  
justo es que se satisfaga  
a Pinabel, que es mi amigo.

CONDESA.

Pues si gustáis, Otón, vos  
de que se casen los dos,  
también gusta don Rodrigo.

ESCENA IV

CLAVELA, con unos guantes en una  
la CONDESA, DON RODRIGO.

CLAVELA. (*Aparte, al salir.*)  
¡Tan de mañana mi hermano  
con la Condesa!

CONDESA.

¿Qué es eso?

CLAVELA.

Los guantes son.

(*A*)  
Pierdo el seso.

CONDESA.

Salte allá fuera.

CLAVELA. (*Aparte.*)

¡Qué en vano  
entre mis sospechas temo!  
¡Ay ciego y desnudo dios!  
(*Da los guantes a la Con*  
*se retira.*)

ESCENA V

La CONDESA, DON RODRIGO.

CONDESA. (*Calzándose los guantes.*)  
Mucho me espanto de vos,  
Otón, que siendo el extremo  
de cortesía, no hayáis  
en los ojos de una dama,  
que sé yo que os quiere y ama  
visto lo que si estimáis,  
os ha de estar más a cuento  
que el amor que pena os da.

DON RODRIGO.

Señora, de ayer acá  
me ha mandado un pensamiento  
que no dé crédito a ojos.

CONDESA.

¿Por qué?

DON RODRIGO.

Porque prometieron  
lo que después no cumplieron,  
dando principios a enojos.  
Y mentir quien ama es mengu

CONDESA.

Pues vos, ¿cómo habéis sabido  
que esos ojos han mentido?

DON RODRIGO.

Porque lo dijo la lengua.



CONDESA.

No tengo por discreción  
dar a la lengua más fe  
que a los ojos, pues se ve  
por ellos el corazón.  
Vos tenéis poca experiencia  
en ciencia de ojos.

DON RODRIGO.

Sí tengo,  
gran señora, pues que vengo  
a saber por experiencia  
lo que al Conde Casimiro  
amáis.

CONDESA.

¿En mis ojos?

DON RODRIGO.

Sí:  
en ellos su dicha vi.

Y en ellos mi muerte miro.

(*Aparte.*)

CONDESA.

Alto; pues vos lo habéis visto,  
al Conde debo de amar.

(*Aparte.*)

(No quiero más declarar  
el ciego amor que resisto.)  
¿No es galán el Conde, Otón?

DON RODRIGO.

Pues a vuestro amor se iguala,  
¿qué más dicha?, ¿qué más gala?

CONDESA.

Mudemos conversación.  
No paséis más adelante.

DON RODRIGO. (*Aparte.*)

¿Qué querrá decir por esto  
la Condesa?

CONDESA.

No me he puesto  
jamás tan estrecho guante.

DON RODRIGO. (*Aparte.*)

¡En qué nueva confusión,  
alma, volvemos a entrar!

CONDESA.

No me lo puedo calzar:  
calzádmele vos. Otón.

DON RODRIGO. (*Turbado.*)

¿Yo, señora? Aqueso no;  
que os burláis.

CONDESA.

Acabad, necio,  
que es el cordobán muy recio,  
y no tengo fuerzas yo.

DON RODRIGO.

Pues tal dicha he merecido,  
gozarla y serviros quiero.

(*Llega turbado, y se le cae  
capa y el sombrero.*)

CONDESA.

Alzad del suelo el sombrero.  
La capa se os ha caído.  
¿Turbaisos?

DON RODRIGO.

Es Amor niño,  
y túrbase.

CONDESA.

¿Qué decís?

DON RODRIGO.

Que nunca, si lo advertís,  
la turbación tuvo aliño.

CONDESA.

¿Pues de qué os turbáis?

DON RODRIGO.

¿Es poco  
tocar la mano, señora,  
al sol, la luna, al aurora?  
Si nieve entre llamas toco,  
¿no es justa mi turbación?

CONDESA.

Acabad ya, lisonjero.

DON RODRIGO.

Calzaros quiero primero  
el dedo del corazón.

CONDESA.

¿Para qué?

DON RODRIGO.

Para obligalle  
con la lealtad que le enseño.

CONDESA.

Si el corazón tiene dueño,  
¿de qué sirve sobornalle?

DON RODRIGO.

¡Dueño!

CONDESA.

El Conde Casimiro.



EL CASTIGO DEL PENSEQUE.-ACTO III

DON RODRIGO.  
No cabe el guante, señora.

¡Ay de mí!

(*Aparte.*)

CONDESA.  
Tirad agora.

DON RODRIGO.  
Romperéle si le tiro...

(*Aparte.*)

Al paso que mi esperanza:  
que aunque la barra tiró  
cuanto pudo, la rompió  
mi mortal desconfianza.

CONDESA.  
En fin, ¿me viene pequeño  
el guante?

DON RODRIGO.  
Cual mi ventura.

(*Aparte.*)

Que aunque igualarme procura  
con el valor de su dueño,  
es imposible alcanzalle.

CONDESA.  
¿Quién hay, Otón, que no sepa,  
que para que un guante quepa,  
no hay cosa como picalle?

DON RODRIGO.  
Puede venir tan pequeño,  
que el picalle sea excusado.

CONDESA.  
Dadme vos que esté picado;  
que vendrá sin duda al dueño.

DON RODRIGO. (*Aparte.*)  
¡Cielos! ¿Es favorecerme  
esto, o burlarse? No sé.  
¿Si necio presumiré  
que todo aquesto es quererme?  
Pero si con la Condesa  
habló el venturoso Conde,  
si con él se corresponde,  
si ella misma lo confiesa,  
hay claridad más oscura?  
¿hay oscuridad más clara?

CONDESA. (*Aparte.*)  
(Amor que así se declara,  
ya toca en desenvoltura.  
Yo volveré sobre mí.)  
Otón, si el Conde viniera  
tan picado, que estuviera  
rendido y sujeto aquí,

alcanzara por amante  
lo que por soldado no.

DON RODRIGO. (*Aparte.*)  
¡Ah Cielos! Ya declaró  
la enigma oscura del guante.  
Volvamos, loca porfía,  
a casa la libertad;  
que es lo demás necedad.

ESCENA VI

CLAVELA; la CONDESA, DON RODRIGO.

CLAVELA.  
Albricias, señora mía.

CONDESA.  
¿De qué? ¿Ha venido mi hermano?

CLAVELA.  
No; mas tu esposo ha venido.

CONDESA.  
¿Cómo? ¿Pues ha merecido  
ese título hombre humano,  
sino el Duque? Loca, necia...

CLAVELA.  
El ver que le quieres bien,  
y que es público también  
que como a esposa te precia,  
y a darte la mano viene,  
me ha obligado a anticipar  
el nombre que le has de dar,  
y él por tan seguro tiene.

CONDESA.  
¿Hay hombre más atrevido?

DON RODRIGO.  
Si ha dicho Vuestra Excelencia  
que el venir a su presencia  
enamorado y rendido  
le ha de ser de más provecho  
que armado con gente tanta,  
¿por qué le culpa, y se espanta?  
Lo que deseaba ha hecho.

CONDESA.  
No todo lo que se dice  
se desea siempre, Otón;  
de la lengua al corazón  
hay mil leguas: contradice  
la lengua al alma mil veces.  
Vamos: que el Conde verá,  
si persuadido a eso está,



en los ojos, que son jueces  
del pensamiento, el rigor  
de una enojada mujer;  
y a no estar en mi poder,  
y deslustrar mi valor,  
viniendo de paz, prendelle,  
yo le hiciera castigar.

DON RODRIGO. (*Aparte.*)  
¿Quién os sabrá contentar,  
mujeres?

CONDESA.  
Yo voy a velle  
contra mi gusto. Esos guantes,  
porque del mío lo son,  
picad entre tanto, Otón,  
y no os asombren gigantes,  
pues torres la industria escala,  
sin reparar en su altura;  
que en mano de la ventura  
un pastor a un Rey iguala.

(*Vase.*)

### ESCENA VII

CLAVELA, DON RODRIGO.

DON RODRIGO. (*Aparte.*)  
¿Otra vez volvéis, engaños,  
a despertar mi sosiego?  
¿Otra vez sopláis el fuego  
que apagaron desengaños?  
Eso no; ya el Conde vino  
anoche, y le prometió  
ser su esposo; oílo yo:  
lo demás es desatino.  
Palabra me dio Clavela  
de ser mi esposa: ¿qué aguardo?

CLAVELA. (*Aparte.*)  
Amor, ¿por qué me acobardo?  
¿Declararéme?

DON RODRIGO. (*Aparte.*)  
(¿Hablaréla?)  
Mi bien...

CLAVELA.  
¿Mi bien? No se llama  
así la hermana.

### ESCENA VIII

La CONDESA; CLAVELA, DON RODRIGO.

CONDESA.  
¿Qué hacéis  
los dos aquí?  
(A CLAVELA)  
Ven conmigo.

CLAVELA. (*Aparte.*)  
(¿Qué es esto, amor enemigo?  
¿Siempre estorbos me ponéis  
para declarar mi llama?)  
¿Qué dices?

CONDESA.  
Conmigo ven,  
y esta noche te prevén  
a dar la mano a quien te ama.

DON RODRIGO.  
Señora...

CONDESA.  
Aqueste es mi gusto,  
y hoy se ha de ejecutar.

DON RODRIGO.  
¿Pues será justo quebrar...?

CONDESA.  
Ya sea justo, ya sea injusto,  
esta noche te dispón  
a dar esposo a tu fama;  
que ya yo he buscado dama  
a don Rodrigo Girón.  
(*Vanse las dos*)

### ESCENA IX

DON RODRIGO.

«¿Que ya yo he buscado dama  
a don Rodrigo Girón?»  
Pues ¿quién le dio comisión,  
si no conoce a quien ama  
don Rodrigo, en prevenir  
dama para él? Mas Clavela  
mis secretos le revela,  
aunque procura fingir.  
Siendo don Rodrigo Otón,  
si la Condesa me ama,  
guardárase para dama  
de don Rodrigo Girón.  
Pero ¿cómo puede ser,  
si Casimiro ha llegado,



por la Condesa avisado,  
a quien ya llama mujer,  
y una noche en el terrero,  
junto a la lengua del mar,  
le oí yo mismo alabar,  
arrogante y lisonjero,  
que le amaba la Condesa?  
Ella misma ha confesado  
que toda el alma le ha dado;  
y pues ella lo confiesa,  
no pasemos adelante,  
engañosas conjeturas.  
Mas, ¡Cielos! ¡Las picaduras  
y la pequeñez del guante...?  
No es afición, sino es sueño.  
¿Hay más confuso cuidado?  
«Dadme vos que esté picado;  
que yo haré que venga al dueño.»  
Todas estas muestras son  
que se guarda, porque me ama,  
la Condesa para dama  
de don Rodrigo Girón.

## ESCENA X

PINABEL, CHINCHILLA; DON RODRIGO.

PINABEL.

Pues, Otón, ¿vos aquí tan melancólico,  
cuando todo Momblán se regocija  
de ver a Casimiro tan gallardo,  
que todo el mundo le echa bendicio-  
nes?

Salid a recibir a quien ha sido,  
si ahora vencedor, vuestro vencido.

DON RODRIGO.

No sé qué pesadumbres interiores  
me tienen, Pinabel, desazonado  
para cosas de gusto. El Conde venga  
con bien, para que goce a la Condesa.

PINABEL.

Según vos lo decís, mostráis que os  
[pesa.

DON RODRIGO.

¿A mí pesar? ¿Por qué? ¿Y han ya  
a palacio? [llegado

PINABEL.

Ya están en la gran sala,  
cercados de parientes y de amigos.  
Salióle a recibir a la escalera  
Diana, entre la nieve de sus tocas  
deshojando claveles la vergüenza,  
que a verle se asomó por sus mejillas.  
Hincóse el Conde de rodillas luego.

diciéndole turbado: «Gran señora,  
por imitar a Dios de todos modos,  
si soberbio y armado me humillastés,  
humilde y desarmado premio aguar-  
[do.

Por preso vuestro vengo; que intere-  
[so  
ser vuestro esposo ya por vuestro pre-  
[so.]»

Ella entonces, no sé si desdeñosa,  
(propiedad de mujer cuando más  
[quiere])

le dio la mano y dijo: «No permita  
Vuestra Excelencia, cuando está en  
[su casa,  
hincar rodillas a quien mandar pue-  
[de.]»

Y no dando respuesta a las razones  
tocantes a su amor y alegres bodas,  
alzando al Conde, de miralla ufano  
le dio lugar para besar su mano.

DON RODRIGO.

¿La mano le besó?

PINABEL.

Y al lado suyo  
se entraron en la sala, donde un plie-  
[go  
abrió del Duque Arnesto, en que le  
[ruega  
se case con el Conde Casimiro  
diciéndole que escribe al mismo pun-  
[to  
que se pone a caballo, porque quiere  
venir a ser padrino destas bodas.

DON RODRIGO. (Aparte.)

(Ea, juntaos, desdichas; venid todas.)  
En fin, ¿que la Condesa muestra gus-  
con el dichoso Conde? (to

PINABEL.

¿Pues no es justo?

DON RODRIGO. (Aparte.)

¡Ay, vanas esperanzas malogradas!

PINABEL.

Aunque ocupada, Otón, con tantas co-  
[sas.  
mira con tal cuidado por las mías,  
que acaba de advertirme que esta no-  
[che  
quiere que dé la mano a vuestra her-  
[mana,  
responda o no responda don Rodrigo;  
que gusta que a sus bodas se antici-  
[pen



las mías, y a pesar de la mudanza,  
la posesión destierre a la esperanza.  
Y aunque querello la Condesa sobra,  
estimo de manera vuestro gusto,  
que no quiero sin él ninguna dicha;  
puesto que ya debéis de estar cansado  
de dilaciones deste don Rodrigo,  
y el sí le concedáis por ser su amigo.

DON RODRIGO.

Pinabel, no ha dos horas que una  
[carta  
de don Rodrigo tuve, en que me avisa  
que en Momblán ha de estar esta se-  
[mana.

Mirad ¿cómo os podré dar a mi her-  
[mana?

PINABEL.

Fácilmente podéis, si la Condesa  
me desposa esta noche; que forzado,  
ni podéis hacer más, ni estáis culpa-  
[do.

DON RODRIGO.

La Condesa, en sabiendo que está en  
[Flandes  
don Rodrigo Girón, no le hará agra-  
[vio,  
ni a mí me querrá dar tal pesadum-  
[bre.

PINABEL.

Siempre vos la mostráis en cosas  
[mías;  
y si por ser yo hermano del difunto,  
os parece que sea yo heredero  
del odio que le habéis, Otón, tenido,  
podrá ser que lo sea en su venganza.

DON RODRIGO.

Habladme, Pinabel, con más templan-  
[za.

PINABEL.

¿Qué templanza merecen vuestros hu-  
[mos?

¿Vos entendéis que yo no los conoz-  
[co?

Ya sé que os prometéis sin funda-  
[mento

Condados que soñáis, y que perdida  
está por vuestro talle alguna dama,  
con quien haciendo al Conde compe-  
[tencia,

pasáis de la merced a la excelencia.

También sé que el negarme a vuestra  
[hermana

es porque imagináis no ser iguales  
mis prendas a las vuestras; que un  
[cuñado

de un Duque, potentado de Alemania,

(como vos soñáis ser) querréis  
algún Emperador, y aun será poco.  
Quedaos para arrogante, necio y loco  
que ni Clavela es digna de llamarse  
mi esposa, ni de vos hay que ha  
que sois loco de atar.  
[ca  
(Va

## ESCENA XI

DON RODRIGO, CHINCHILLA.

CHINCHILLA.

Detén el paso  
liebre, conejo, y triunfe la espada  
sabrás quien es el capitán Chinchilla

DON RODRIGO.

Déjale; que padece el mismo daño  
que yo. De celos muero, celos tiene  
no me espanto que diga disparates.

CHINCHILLA.

Si no se va, por Dios que hay cara  
[b  
Cambrones lleva bajo de la cola.

DON RODRIGO.

Voy a ver a Clavela; que si el Cor  
viene a ser, como dicen, de Diana  
amado dueño, con Clavela pienso  
el tropel aplacar de mis desdichas,  
pues todas mis venturas son tan c  
[t

CHINCHILLA.

Cuando hay falta de pan buenas s  
[tort  
(Van)

## ESCENA XII

CASIMIRO, FLORO, PINABEL.

PINABEL.

Diérale yo el bien venido  
a Vuxcelencia, señor,  
si hubiera para bien sido,  
y no impidiera su amor  
un loco desvanecido.  
Vuxcelencia cré que viene  
a gozar en esta empresa  
dichas que por ciertas tiene;  
pues si ama a la Condesa,  
para gozarla conviene  
dar primero muerte a Otón,  
que es pesado impedimento  
de su justa posesión.



CASIMIRO.  
¿Cómo así?

PINABEL.  
Trae pensamiento  
(que a esto llega su ambición)  
de ser en Oberisel  
Conde.

CASIMIRO.  
¿Otón?

PINABEL.  
Otón, que loco  
sitial previene y dosel,  
y todo lo juzga poco,  
no siendo debajo dél  
esposo de la Condesa.

CASIMIRO.  
¿Pues tiene ella dél memoria?

PINABEL.  
Como en la pasada empresa  
de vos alcanzó vitoria,  
no le castiga, ni aun pesa  
a Diana de que intente  
lo que imposible ha de ser,  
y más teniéndos presente.

CASIMIRO.  
¡Ah, mudanzas de mujer,  
ya en menguante, ya en creciente!  
¿Que Otón loco y arrogante,  
osa hacerme competencia?  
¡El de la Condesa amante!  
No hay sufrimiento y paciencia  
para agravio semejante.  
Matarle será mejor.

FLORO.  
Advierte lo que hacer quieres.

CASIMIRO.  
Esto conviene a mi honor.  
¡Ah liviandad de mujeres!  
Siempre escogéis lo peor.

PINABEL. (Aparte.)  
Así la arrogancia vana,  
Otón, sé yo castigar  
de una locura liviana.  
La vida te ha de costar  
no haberme dado a tu hermana.  
(Vanse.)

ESCENA XIII

La CONDESA.

¿Es posible, rapaz ciego y desnudo  
cuando el seso por un español pierdo,  
que a mis locuras se resista cuerdo,  
y a mis palabras contradiga mudo?  
Declarado se ha el alma cuanto pudo  
permitir la vergüenza sin acuerdo.  
Si es español y amante, ¿cómo es ler-  
do?  
Si amor habla por señas, ¿como es  
mudo?  
Aquí está el Conde, el Duque viene a  
verme,  
que quiere darme esposo aborrecido  
y de pensallo la esperanza muere.  
Decilde, amor, que acabe de enten-  
derme;  
però no se dará por entendido  
que es peor sordo el que entender no  
quiere

ESCENA XIV

DON RODRIGO; la CONDESA.

DON RODRIGO.  
Dícenme que Vuesxcelencia  
me llama.

CONDESA.  
¿Yo? ¿Para qué?

DON RODRIGO.  
¿No? Luego yo me engañé.  
Voime con vuestra licencia.

CONDESA.  
Ya que estáis aquí, no os vais  
¿Cómo, si el Conde ha venido,  
y la causa habéis sabido,  
el parabién no me dais?

DON RODRIGO.  
Sea, señora, para bien.

CONDESA.  
¡Qué breve me la habéis dado!  
¿Habéis los guantes picado?

DON RODRIGO.  
Si ya el Conde os quiere bien  
a quien sirvieron de enima,  
¿para qué los guantes son?

CONDESA.  
Decís bien; tenéis razón



Es vuestro ingenio de estima.

Amor, declararme quiero.  
Mas la lengua no osará,  
porque el temor le pondrá  
freno; a la industria prefiero,  
que es madre de la ocasión.

DON RODRIGO. (*Aparte.*)  
¡Que así esta mujer pretenda  
burlarme, y que no lo entienda  
mi dudosa confusión!

CONDESA. (*Aparte.*)  
(Pintaba cierto discreto,  
retratando a la vergüenza,  
un billete que comienza  
a descubrir su secreto;  
y yo para descubrir  
este secreto cruel,  
me he de valer de un papel.)  
Traed recado de escribir.

DON RODRIGO.  
Voy por él.

CONDESA. (*Vase.*)  
¿No es gran crueldad  
callar el enfermo triste,  
si en el principio consiste  
la mayor dificultad?  
Animo imposibles vengza;  
que si es el comenzar  
la mitad del negociar,  
lo más hace el que comienza.  
(*Saca DON RODRIGO recado de  
escribir.*)

DON RODRIGO.  
Aquí está lo necesario  
para escribir.

CONDESA.  
La opinión  
que de vuestra discreción  
tuve siempre, secretario,  
me obliga a fiar de vos  
cosas de honor y recato,  
y lo que aquí veis que trato,  
querría que entre los dos  
se quedase.

DON RODRIGO.  
Por mi parte  
seguro el secreto está.

CONDESA.  
El Conde ha venido ya,  
el Duque a casarme parte.

El deseo y la ocasión  
ahora ofrecen lugar,  
que después han de estorbar  
mi hermano y la dilación.  
El asegurarla es bien,  
¿No os parece?

DON RODRIGO. El fin espero.

CONDESA.  
Un papel escribir quiero  
por vos, a quien quiero bien.

DON RODRIGO.  
¿No es el Conde?

CONDESA. Es, y no es.

DON RODRIGO.  
¿Es y no es, gran señora?

CONDESA.  
Sí, porque no es Conde ahora;  
pero serálo después.

DON RODRIGO.  
No entiendo esa enima yo.

CONDESA.  
El papel os la dirá.

DON RODRIGO. (*Aparte.*)  
¡Cielos! Esto ¿qué será?

CONDESA.  
Comenzad.

DON RODRIGO.  
Si os escribió  
vuestro hermano, el Duque Arnes  
que por esposo admitáis  
al Conde, ¿de qué dudáis?

CONDESA. (*Aparte.*)  
¡Que aun no me entienda con esto  
¡Hay desventura mayor!

DON RODRIGO.  
«¿Es y no es?» ¡Qué contrario  
modo de hablar!

CONDESA. Secretario,  
no es para bobos amor.  
Poco despuntáis de agudo.

DON RODRIGO.  
Indignos merecimientos  
acobardan pensamientos.



¡Dichoso el Conde, que pudo llamarse, desde que vino, esposo vuestro!

CONDESA.

¿Eslo ya?

DON RODRIGO.  
Poco menos.

CONDESA.

De aquí allá  
hay mil leguas de camino.

DON RODRIGO.  
¿Luego no le amáis?

CONDESA.

Yo... sí.

DON RODRIGO.  
¿Pues qué leguas puede haber?

CONDESA.

¿Qué queréis? ¿No puede ser que Dios lo estorbe?

DON RODRIGO.

Es así.

CONDESA.

Pues no pierda la esperanza el que la pueda tener.

DON RODRIGO. (*Aparte.*)  
(¡Válgate Dios por mujer, por amor y por mudanza!)  
Señora...

CONDESA. (*Aparte.*)  
Aquí se declara.

DON RODRIGO.  
¿Tendría algún fundamento mi atrevido pensamiento, si viéndoos, imaginara que al Conde soy preferido?

CONDESA.

¡Vos! ¿Tan galán os pintáis? Arrogante y necio andáis. Sois un bárbaro atrevido.

DON RODRIGO. (*Aparte.*)  
¡Oh, nunca yo hubiera hablado! Suplícoos me perdonéis.

CONDESA.

Escribid: que bien sabéis lo que ha que estáis perdonado, y en lo que os estimo y precio.

(*Aparte.*)

Hombre que ha dudado ya que le quiero bien, será si me pierde, un grande necio

DON RODRIGO. (*Aparte.*)  
Entre miedos y esperanzas, me traéis, amor sutil, puesta mi vida en el fil destas dudosas balanzas. ¿Qué pensáis hacer de mí? ¿Tuvo más dudas Teseo en su intrincado rodeo?

CONDESA.

¿No escribís?

DON RODRIGO.

Señora, sí.

CONDESA. (*Dictando.*)  
Mi bien...

DON RODRIGO.

¡Señora!

CONDESA.

No os llamo  
sino digo que escribáis  
mi bien.

DON RODRIGO. (*Escribiendo.*)  
Tierna comenzáis.

CONDESA. (*Dictando.*)  
Con tan grande extremo os amo.

DON RODRIGO. (*Escribiendo.*)  
Os amo.

CONDESA.

¿A quién amáis vos?

DON RODRIGO.

Os amo he puesto, señora.

CONDESA.

¿A mí?

DON RODRIGO.

Yo repito ahora lo que ha escrito; aunque, por que si hacéis los ojos jueces, ellos dirán mi delito.

CONDESA.

Poned os amo.

DON RODRIGO.

Ya he escrito...



CONDESA. (*Dictando.*)

Os amo yo.

DON RODRIGO.

¿Tantas veces?

CONDESA.

¿Qué se os da a vos que sean tantas?

DON RODRIGO. (*Aparte.*)

Entre esperanzas, desvelos,  
tantas dudas; tantos celos,  
ciego Amor, ¿por qué me encantas?

CONDESA. (*Dictando.*)

Que por ver si me amáis vos,  
dando a mis cuidados fin,  
a las doce en el jardín  
seré vuestra esposa. Adiós.

DON RODRIGO.

Escrito está ya.

CONDESA.

El tercero,  
Otón, habéis vos de ser.

DON RODRIGO.

¡Dichoso quien merecer  
pudo tanto, que es primero!

CONDESA.

Cerradle. Bien está así,  
y daréisele... ¿Entendéis...?

DON RODRIGO.

Sí, señora.

CONDESA.

A quien sabéis  
que me quiere más que a sí.

(*Vase.*)

### ESCENA XV

DON RODRIGO.

«¡A quien sabéis que me quiere  
más que a sí!» Luego soy yo.  
Pero ¿por qué me escribió,  
si a mí en su amor me prefiere?  
¿No me hablara, si es que muere  
del mal que muero? Mas venza  
un papel, pues que comienza  
a ser de mi amor la suma,  
porque en los nobles, la pluma  
es lengua de la vergüenza.  
Pero no será, ¡ay de mí!,  
sino el Conde a quien escribe;

que si por amarla vive,  
amará la más que a sí.  
Pero ¿cómo será así?  
Si aguarda al Duque su hermano,  
solo para dar la mano  
al Conde, ¡Cielo!, ¿a qué fin,  
llamándole a su jardín,  
quiere hacer su amor liviano?  
Por ella el Conde ha venido;  
que le quiere ha confesado;  
y querrá, pues fue el llamado,  
hacerle hoy el escogido.  
Pero si fuera querido,  
preguntada, respondiera  
que le amaba, y no dijera  
aquel *es y no es* dudoso.  
¿Hay mar más tempestuoso  
con más confusa ribera?  
No es posible, ni imagino  
que a Casimiro escrito ha,  
pues dijo que de aquí allá  
hay mil leguas de camino.  
¡Pues qué!, ¿diré que soy dño  
de gozalla yo? ¡Ay de mí!  
Que aquí la sentencia oí  
de mi arrogante interés.  
Decidme, Cielos, ¿quién es  
quien la quiere más que a sí?

### ESCENA XVI

CASIMIRO, FLORO; DON RODRIGO.

FLORO. (*Hablando con el Conde aparte.*)  
Aquí está Otón; pero mira  
primero lo que has de hablar.

CASIMIRO.

No hay que advertir ni mirar;  
que no tiene ojos la ira.

DON RODRIGO. (*Aparte.*)

El Condé ha venido aquí:  
decid, oscuro papel.  
¿Sois para mí o para él?  
¿Quién la quiere más que a sí?

CASIMIRO.

Otón...

DON RODRIGO.

Gran señor...

CASIMIRO.

En vos  
sé yo que tuve un testigo,  
cierta noche que conmigo



fue piadoso el ciego dios,  
de la mucha voluntad  
con' que, estando ausente yo,  
a mi amor favoreció  
la Condesa.

DON RODRIGO.  
Así es verdad.

CASIMIRO.  
¿Ella no os lo dijo?

DON RODRIGO.  
Sí.

CASIMIRO.  
También habréis visto, Otón,  
de mi larga pretensión  
que la quiero más que a mí.

DON RODRIGO.  
Si más que a vos la queréis,  
aunque mi mal solicito,  
a vos viene el sobre escrito...

CASIMIRO.  
Esto mejor lo sabéis  
que yo, pues que lo confiesa  
Diana.

DON RODRIGO.  
Digo que sí.  
Quien la quiere más que a sí,  
sois vos, y así la Condesa  
os escribe este papel.

CASIMIRO.  
¿Para mí?

DON RODRIGO.  
¡Pluguiera a Dios  
que no fuera para vos!

CASIMIRO. (*Aparte.*)  
(Engañóme Pinabel.)  
¿Que es de la Condesa?

DON RODRIGO.  
Sí;  
Mandóme que le escribiese,  
y que yo mismo le diese  
a quien la ama más que a sí.  
Y pues vos venís por él,  
y esas señas me habéis dado,  
vos, Conde, sois el llamado.  
Gozad dichoso el papel.  
(*Dásele y se aparta del CONDE.*)

CASIMIRO. (*Aparte.*)  
¿Qué oís, confusos deseos?

DON RODRIGO.  
¡Ay de quien se ha de matar,  
si el Conde llega a gozar  
la gloria de sus empleos!

CASIMIRO.  
Floro, mira si estoy loco.

FLORO.  
De cólera y sin razón  
lo estabas poco ha.

CASIMIRO.  
Perdón  
le pido. En tiempo tan poco,  
¿tal premio mi amor recibe?

FLORO.  
Aun no has llegado a saber  
lo que dice.

CASIMIRO.  
Quiero ver  
lo que mi Condesa escribe.  
(*Lee para*)

DON RODRIGO. (*Aparte.*)  
Si no sois, Clavela, vos  
saludable contrayerba  
contra la ponzoña acerba  
destas desdichas; por Dios  
que muero infelizmente.

CASIMIRO. (*Acabando de leer.*)  
Dando a mis cuidados fin,  
a las doce en el jardín,  
seré vuestra esposa. Miente  
quien dice que la mujer  
es liviana, es inconstante;  
que es bronce, mármol, diamante,  
y más firme viene a ser.  
Diana es la discreción,  
la hermosura, la nobleza,  
la gracia y la gentileza,  
el donaire, la sazón...

FLORO.  
Señor, basta.

CASIMIRO.  
Otón leal,  
mi Estado es tuyo desde hoy;  
tú eres el Conde, yo soy  
mucho menos que tu igual.  
Dame los brazos, los pies...  
Pero todo aquesto es poco.  
Dame...

FLORO.  
Señor, ¿estáis loco?



CASIMIRO.

¿No lo he de estar? ¿No lo ves?  
Llegó mi ventura al fin.  
Ven; que el amor me da priesa.

FLORO.

¿Dónde?

CASIMIRO.

A ver a mi Condesa,  
que me aguarda en el jardín.  
(Vanse CASIMIRO y FLORO.)

## ESCENA XVII

DON RODRIGO.

¡Cielos! ¿A ver su Condesa  
que le aguarda en el jardín?  
¿Que la ha de gozar, en fin,  
aunque la adora, y me pesa?  
¿Que tanto bien interesa  
por la letra de un papel,  
que leyó su dicha en él,  
estando mi suerte en duda  
nunca el Conde a verla acuda,  
si el Conde no es dueño dél.  
Si viene el Duque mañana,  
¿qué prisa, Cielos, es esta?  
Necio he sido; no hay respuesta  
porque a no querer Diana  
que yo la ocasión gozara,  
y el papel para mí fuera,  
por su mano le escribiera,  
y con otro le enviara.  
El Conde ha de ir a las doce,  
como el papel lo advirtió;  
anticiparéme yo  
luego, porque no la goce,  
o moriré si me engaño  
en saber que soy querido.  
Amor, ya que necio he sido,  
suelde la industria este daño.

## ESCENA XVIII

CHINCHILLA; DON RODRIGO.

CHINCHILLA.

En todo este santo día  
no te he visto.

DON RODRIGO.

Ni podrás  
agora.

CHINCHILLA.

Pues ¿dónde vas?

DON RODRIGO.

¡Ayuda, presteza mía!  
Aguárdame en el terrero.

CHINCHILLA.

Tres días ha que no cenas  
ni comes.

DON RODRIGO.

Manjar de penas  
es solo el que busco y quiero.

CHINCHILLA.

¡Anda bueno el dios machín! (1).  
¿Dónde vas con tanta priesa?

DON RODRIGO.

Voy...

CHINCHILLA.

¿Vas...?

DON RODRIGO.

A ver mi Condesa  
que me aguarda en el jardín.

(Vas

CHINCHILLA.

El se fue a mudar vestido,  
y yo me habré de quedar,  
como suelo, a repasar  
cuentas de lo que he bebido.  
¡Válgate el diablo, el terrero,  
lo que das en perseguirme!  
Pues ¿si tengo de dormirme?,  
pues sí chero, pues no chero.

(Vase

## ESCENA XIX

Vista exterior del jardín de la Condesa. Noch

CASIMIRO, FLORO.

CASIMIRO.

¿No son las doce?

FLORO.

Ni las diez.

¿Las cuántas?

(1) MACHÍN. Cupido o el dios del Amor  
(Real Academia Española: *Diccionario M  
nual e Ilustrado de la Lengua Española*, M  
drid, 1927, pág. 1214.)



SIMIRO.

Quien ama, cuente  
horas, amor, de relojes.  
que cuestan caro si mienten.  
Sabes tú que la Condesa,  
con ver que su hermano viene  
con tanta priesa a casarme,  
un día esperar no puede,  
y que esta noche me manda  
la venga a ver, ¡y tú quieres  
que aguarde la flema yo  
de un reloj, porque se hiele,  
y por no dar, no reciba  
mi amor el premio que tiene  
tan cierto! La diligencia  
siempre gana y nunca pierde.

FLORO.

En fin, ¿a entrar te dispones?

CASIMIRO.

A entrar me dispongo. Vete.

FLORO.

¿Quieres que te aguarde aquí?

CASIMIRO.

No, porque si pasa gente,  
darás lugar a malicias.

FLORO.

Guíete el amor, si puede  
un ciego guiar a otro.

(Vase.)

ESCENA XX

CHINCHILLA; CASIMIRO.

CHINCHILLA. (Aparte, al salir.)

Mi señor, sin duda, es este.

CASIMIRO.

Allí está la cerca baja:  
trepando por los laureles  
que están pegados al muro,  
podré saltar fácilmente.

CHINCHILLA.

(Con recato, al CONDE, desde lejos.)

¡Ah señor!, ¿no me conoces?

CASIMIRO. (Sin oír a CHINCHILLA.)

Noche propicia y alegre,  
no salga en un año el sol  
en los brazos de su oriente,

ni mi silencio despierte.  
¡Dulce esposa!, ¿que en tus brazos  
antes de un hora he de verme?

(Va.)

CHINCHILLA.

¡Ah señor!, ¡señor! Zampóse.  
Si la Condesa le quiere,  
y entra a gozalla, no dudo  
que don Rodrigo ha de hacerme,  
en casándose con ella,  
archibodeguero siempre,  
y de Lucrecia, Tarquino.

ESCENA XXI

DON RODRIGO; CHINCHILLA.

DON RODRIGO. (Sin ver a CHINCHILLA.)

Si era para mí el billete  
y necio al Conde le di,  
goce su amor en papeles,  
y yo por obra advertido  
mi cortedad necia enmiende.  
Dos horas antes del plazo (1)  
vengo; y si Diana duerme  
(que con amor no es posible)  
mis suspiros la despierten.  
Vos, jardín, habéis de ser  
tálamo amoroso y verde  
de mis dichas. Subir quiero.

CHINCHILLA. (Aparte.)

Hacia mí un gigante viene.  
¡Válgame Dios! ¡Que haya santos  
abogados de los dientes,  
de las tripas, de la ijada,  
de las bubas y la peste,  
y no haya santo abogado  
del miedo que un hombre tiene!  
Pero no hay santo cobarde;  
que quien se salva es valiente.

DON RODRIGO.

¡Hola! ¿Quién va?

CHINCHILLA. (Aparte.)

Ya me he vis

DON RODRIGO.

¿Quién sois? ¡Hola!

CHINCHILLA.

Quien quisier

(1) «Aquí se da por supuesto que el billete de la Condesa designaba hora; el lector la hallará.» Nota de la Ed. Hartzenbusch



porque a los hombres de paja  
cualquier nombre les conviene.

CHINCHILLA.

¿Sois señor, o sois criado?

CHINCHILLA.

Criado he sido tres veces:  
una de Dios; de mi madre  
otra, que me dio su leche;  
y otra (que nunca lo fuera)  
de un amo que aquí me tiene,  
mientras se caliente él,  
como cantimplora en nieve.

DON RODRIGO.

¿Es Chinchilla?

CHINCHILLA.

¿Es don Rodrigo?

DON RODRIGO.

¡Borracho!

CHINCHILLA.

¿Tan presto vuelves?

Cortos fueron los oficios;  
amante eres diligente.  
Pero pues tan presto sales,  
algo ha habido. ¿Qué hay?, ¿qué tie-  
¿Hante sentido en palacio, [nes?  
o la viuda no te quiere?

DON RODRIGO.

¿Estás borracho? ¿Qué dices,  
que tantas cosas revuelves  
unas con otras?

CHINCHILLA.

¿Qué digo?

¡Bueno será que lo niegues!  
¿No acabas de entrar ahora,  
por entre aquellos laureles,  
al jardín de la Condesa?

DON RODRIGO.

¿Yo?

CHINCHILLA.

No, sino el mequetrefe.  
¿Pídote yo la alcabala?  
¿Vengo por los alquileres,  
que me niegas lo que he visto  
por estos ojos o ojetes?

DON RODRIGO.

¿Hombre hay dentro del pardi?

CHINCHILLA.

Hombre y tan hombre, que viene  
a mostrar que es para hombre.

DON RODRIGO.

¡Ay Cielos!, el Conde es este.  
¿Tú le viste entrar?

CHINCHILLA.

Yo mismo,  
no ha un cuarto de hora, y dejé  
porque pensé que eras tú.

DON RODRIGO.

¡Oh celos! ¡Oh amor aleve!  
Yo tengo la culpa, yo,  
y pues la tengo, no quede,  
vida en mí tan desdichada.  
Más vale darme la muerte.

CHINCHILLA.

¿Tenemos ya carambola?

DON RODRIGO.

¡Que yo al Conde el papel diese  
que era para mí! ¡Mal haya  
quien ama, y la ocasión pierde!

(A gritos)  
¡Ah del parque!, ¡ah del palacio!,  
¡ah del jardín! ¡Hola! Gente,  
jardineros...

CHINCHILLA.

No des voces.

DON RODRIGO.

¡Pues qué! ¿Quieres que reviente?  
Déjame, pues por mi causa  
perdí la ocasión alegre  
de mis dichas, que dé alivio  
a mis ansias desta suerte.  
Arboles, ¿no veis vosotros  
por los ojos de hojas verdes,  
que mi amor se llama a engaño?  
Si el Conde entró, detenelde.  
Flores, volveos espinas;  
así nunca el mayo fértil  
de los brazos de Amaltea  
vuestros valles frescos deje.  
Creced, arroyuelos claros,  
haced mares vuestras fuentes,  
para que el Conde no pase,  
y si pasase, se anegue.  
Pero todos diréis y justamente,  
que muera el que una vez la ocasió

[pierd  
Ya la perdí, yo el ignorante he sido  
solo puedo quejarme de mí mismo.

CHINCHILLA.

Aquí nos han de matar,  
si das voces, imprudente.  
Las puertas abren del parque;



PINABEL.

Yo, gran señora, soy ese.

CONDESA.

No es sino este caballero.

(Por DON RODRIGO.)

Los dos desposarse pueden.

LIBERIO.

¿Con mi hijo?

CLAVELA.

¿Con mi hermano?

(Aparte.)

¡Ojalá nunca lo fuese!

CONDESA.

No es Otón, como pensáis todos, el que veis presente.

CLAVELA.

¿Pues...? (1).

CONDESA.

Don Rodrigo Girón, que el verdadero Otón viene en servicio de mi hermano, y es quien por él intercede.

LIBERIO.

Clavela, si esto es así, por vuestro esposo se quede; que de hijo a yerno va poco.

CLAVELA.

La mano le doy mil veces.

DON RODRIGO.

Yo a vos con ella mi vida, pues por vos a cobrar vuelve el sosiego que perdió.

PINABEL.

Pues ¿este pago merecen mis servicios, gran señora?

(1) «¿Pues quién?» Nota en las dos ediciones de Hartzenbusch.

CONDESA.

Para que en parte se premien mi prima Laura será vuestra esposa.

PINABEL.

Ya no puede osar quejarse mi agravio, pues me hacéis vuestro parient

DON RODRIGO.

Yo he de partirme a Castilla con mi esposá...

CONDESA.

Sois prudente.

DON RODRIGO.

Por no tener a mis ojos  
EL CASTIGO DEL PENSÉQUE.

CONDESA.

Diez mil ducados os doy.

CHINCHILLA.

¿Y a mí?

CONDESA.

Dos mil.

CHINCHILLA.

Dios te deje  
llegar a ver choznos viejos.  
Señora Lucrecia, llegue,  
y déme esa mano.

CASIMIRO.

Vamos,  
primero que en Momblán entre  
hoy el Duque, a recibille.

DON RODRIGO.

El cuerdo amante escarmiente  
en mí y goce la ocasión;  
porque al que cual yo la pierde  
le cabrá parte conmigo  
del CASTIGO DEL PENSÉQUE.

SEMANARIO MULTIDISCIPLINARIO  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS